

Star Wars

El Último de los Jedi

6 – El Retorno del Lado Oscuro

Jude Watson

CAPÍTULO UNO

Casi lo tenía.

Ferus Olin realizó la última comprobación en Plataforma-7, el droide computadora BRT que controlaba la ciudad capital de Sath. Le había llevado dos días de constante monitorización, pero la mayoría de sistemas habían vuelto a funcionar con normalidad. Y, lo más importante para Ferus, cualquier información que podría llevar al descubrimiento de las identidades de la resistencia samariana había desaparecido.

¿Ahora qué?

No estaba seguro de lo que estaba haciendo allí en Samaria. Había sido una decisión repentina; había mandado a sus amigos a un sitio seguro, pero él se había quedado. Sentía la obligación de ayudar a los samarianos a solucionar sus problemas inmediatos, y asegurarse que el sabotaje del ordenador no había puesto en peligro a ningún miembro de la resistencia.

Pero ésta no era su batalla. Él había elegido su propia misión: encontrar a todos los Jedi que hubieran logrado escapar a la Orden Imperial 66, aquellos que hubieran sobrevivido a la matanza del Imperio. Había establecido una base secreta para ellos en un asteroide que no aparecía en los mapas. Pero parecía como si cada vez que estaba a punto de centrarse en su misión, fuera apartado del rumbo.

Obi-Wan nunca dejaría que esto le ocurriese a él. ¿Por qué continúa ocurriéndome a mí?

Era cierto que desde que había empezado, había encontrado dos Jedi. Había pasado por persecuciones de alta velocidad, un viaje al derruido Templo Jedi, y una estancia en una prisión imperial. Había sido perseguido por un caza-recompensas y por un Inquisidor. Había estado en el Borde Exterior y bajo la corteza de Coruscant. Comenzaba a tener la impresión de que los Jedi supervivientes eran pocos y estaban muy alejados.

Tenía que haber una forma mejor de hacer esto.

El Emperador le había ofrecido amnistía a cambio de arreglar el problema de sabotaje en Sath, añadiendo casi como si fuese una idea en el último momento que el socio y mejor amigo de Ferus podría morir si Ferus no lo hacía. Ferus había cogido el trabajo.

Y entonces, Ferus Olin, agente doble, había nacido.

Llevaba esa etiqueta con incomodidad. No le gustaba trabajar para el Imperio, si bien trataba de socavarlo al mismo tiempo. No le gustaba estar tan cerca del lado oscuro.

Ferus sintió una sacudida repentina en su estómago, un sentimiento cercano a la náusea. Darth Vader estaba cerca. Una de las cosas que había aprendido quedándose allí, en el cuartel general Imperial era que el Sith podía hacer difícil una digestión.

La puerta se abrió deslizándose en la oscura habitación. Darth Vader se detuvo en la puerta. Nunca entraba en una habitación a menos que tuviese que hacerlo. Era un, ¿hombre? ¿Humanoide? ¿Máquina?, ocupado.

—Ya deberías haber acabado con esto.

Ferus giró en su silla. —Hey, ¿nunca dices hola?

—El Emperador Palpatine ha requerido tu presencia.

Ferus frunció el ceño, sorprendido. — ¿Mi presencia dónde?

—Llega a la plataforma de aterrizaje del Pabellón de Ministros en quince minutos. Por lo que debemos proceder hacia el vestíbulo de recepción. Bog Divinian está recibiendo un tributo de los ministros de estado samarianos.

— ¿El Emperador viene aquí? ¿Por qué? —Palpatine raramente dejaba Coruscant.

—No te corresponde a ti cuestionar eso. Estate allí —Vader se marchó.

—Qué bueno verte a ti también —masculló Ferus en voz baja.

Darth Vader estaba al cargo de todas las operaciones del Imperio en Samaria, lo cual significaba que técnicamente era el jefe de Ferus. Vader le trataba con un apenas disimulado hastío o desprecio, dependiendo de su humor. Ferus no se sentía insultado. Estaba feliz de no tener que fingir ser amigos.

Ferus cerró el programa que ejecutaba en el asombrosamente reajustado Plataforma-7 y se dirigió hacia afuera. El edificio en el que estaba era parte de un vasto complejo gubernamental, así que podía caminar hasta el pabellón de ministros a través de una serie de turboascensores y pasillos de conexión.

Samaria fue un planeta desértico, y Sath era su ciudad más grande. En el siglo pasado, los diseñadores de la ciudad habían creado una vasta bahía artificial que se curvaba alrededor de dos tercios de la ciudad. Los barrios más exclusivos estaban extendidos en una serie de extensiones de tierra dentro de la bahía, en un patrón de flores de muchos pétalos. Los edificios de gobierno, así como las casas para los ricos y el palacio del primer ministro, estaban ubicados allí.

Ferus notó el zumbido extra en los pasillos. Algunos de los ministros, vestidos sus ropas oficiales azul celeste, también se dirigían hacia la plataforma de aterrizaje. Aunque había una oposición considerable al Imperio en Sath, los ministros eran políticos astutos. Se ganarían el favor del Emperador si tenían que hacerlo.

¿Pero por qué había requerido el Emperador su presencia en un asunto puramente ceremonial?

Ferus había dejado escapar al saboteador del ordenador sathano, pero no había manera de que Palpatine lo supiera.

¿O sí?

¿Y por qué estaba Palpatine tan interesado en Samaria? Era un planeta tecnológicamente sofisticado, cierto. Pero Lemurtoo era un pequeño sistema, con sólo el planeta vecino de Rosha orbitando alrededor del mismo sol.

El Emperador le había dicho a Ferus que quería ayudar a Samaria a prosperar... pero Ferus lo creería el día en que creyera en ángeles espaciales.

Ferus montó de un salto en el turboascensor que se dirigía a la plataforma de aterrizaje. Quería irse. Quería regresar a la base del asteroide y ver a sus amigos. Pero por ahora, sería mejor que se quedara por allí.

Tenía la sensación de que su trabajo allí no estaba realmente acabado.

CAPÍTULO DOS

La plataforma de aterrizaje privada de los Legisladores era grande, proyectándose desde el piso cincuenta del Pabellón de los Ministros. Puesto que estaba abierta al cielo, se había instalado un sistema de enfriamiento en el saliente en un intento de regular el clima caliente y seco. El aire fresco ayudaba, pero estar allí parado durante tanto tiempo hacía que todo el mundo languideciera. El Emperador Palpatine llegaba tarde. Nadie se atrevía a activar la burbuja dosel de transpariacero, por miedo a ofenderle.

Los ministros rodeaban la plataforma. Colocados sobre sus hombros o unidos a cartucheras especialmente diseñadas llevaban droides personales, hechos a su gusto con diferentes colores y joyas incrustadas. Todos los samarianos llevaban esos droides pequeños y ligeros, los cuales habían sido desarrollados exclusivamente en el planeta a partir del diseño de un prototipo de Industrias OcioMech. Cada droide tenía un diseño liso que combinaba las características de criado personal, de un droide de lujo y los circuitos de un droide técnico. Eran del tamaño de un droide ratón ligero. Conocidos como Ayudantes Personales Droide, la mayoría de samarianos los llamaba PDs, o más cariñosamente Peteys.

Los samarianos no usaban créditos. Todo desde su sabor del té hasta el nivel de combustible de sus deslizadores era registrado por sus PDs. Todo lo que tenían que hacer era entrar en un café o estación de servicio y la compra sería descontada automáticamente de una cuenta central. Todo en la vida de los samarianos se guardaba en sus droides, desde sus registros de tránsito hasta el número de zapato de sus niños.

Aaren Larker, el primer ministro de Samaria, estaba de pie esperando, con su ayudante a su lado. Bog Divinian, el consejero Imperial, se mantenía cerca de los chorros refrescantes, manteniendo sus brazos alejados de su cuerpo para que el sudor no manchase su túnica azul marino.

Al otro lado de la plataforma, Darth Vader permanecía en pie bajo el ardiente sol, una presencia negra que parecía absorber todo el aire y la luz con sus brillantes botas negras y su casco. ¿Estaba sudando Vader debajo de todo ese plastoide y esa armadura negra? Ferus sacó cierta cantidad de placer de la idea.

¿Qué había bajo ese casco, de todas formas? No había ni rastro de piel que se viera, nada que indicarse de qué especie era Darth Vader. Humanoide, ciertamente. De nuevo, Ferus se preguntó de dónde habría salido Vader. Si supiera eso, podría tener la clave para derrotar a Palpatine. O no. De todos modos, saciaría su curiosidad.

Por fin Ferus vislumbró el destello de la lanzadera personal del Emperador. Todo el mundo siguió su rumbo mientras la nave descendía y aterrizaba. Ferus podía sentir el alivio rebotando por el ferrocreto con el calor. Después de esto todos ellos podrían regresar a un clima controlado.

La rampa se extendió hasta tocar tierra. El Emperador apareció en la parte superior, con su Guardia Roja detrás de él. Ferus no podía ver su cara. Su capucha, como siempre, cubría su cara llena de cicatrices y arrugas, sus ojos amarillentos. Tendió sus brazos hacia los ministros que esperaban, en el extraño saludo que Ferus había notado que había adoptado. Como si estuviese tan ocupado recibiendo toda esa adoración que no pudiese molestarse en decir hola. Los ministros se inclinaron a modo de saludo.

El Emperador descendió lentamente. Su cabeza se volvió hacia un lado, viendo a Darth Vader, y luego hacia Ferus, que pudo sentir el destello de aprecio del Emperador.

Esto envió un temblor a través de él. Ferus nunca podría mostrar que estar a su alrededor era como ser golpeado con malas frecuencias. Mantuvo su expresión neutral mientras su garganta se contraía.

Bog Divinian echó a andar hacia adelante, pero el Emperador le ignoró. Para sorpresa de Ferus, el Emperador se movió en su dirección, dándole la espalda a Vader y haciendo que Bog pareciese tonto, caminando hacia una rampa vacía.

Si con esto pretendía demostrar la creciente influencia de Ferus, Ferus podría haber vivido sin ello. No quería ser un rival de Darth Vader. Quería mantener la cabeza agachada, recoger toda la información que pudiese sobre el Imperio, y marcharse.

El Emperador se acercó a él. La Guardia Roja se detuvo a una distancia discreta. Los ministros se movieron con vacilación hacia los turboascensores. Darth Vader no se había movido.

—Ferus Olin, lo has hecho bien —dijo el Emperador—. Te pedí que pusieses Samaria de nuevo en funcionamiento, y lo hiciste.

—El saboteador escapó. —el saboteador había resultado ser Astri Oddo, una vieja amiga de Obi-Wan Kenobi a la que Ferus había conocido ligeramente. Había dejado que ella y su hijo Lune escaparan con la ayuda de sus amigos.

—Sí, pero esa no era tu responsabilidad —dijo el Emperador lanzando una mirada a Darth Vader a través de la plataforma—. Le correspondía a otra persona. Hiciste lo que se te pidió y lo hiciste rápidamente. Tu eficiencia se ha notado. Apreciamos la eficiencia en el Imperio. Puede ser más valiosa que la fuerza.

—O quizá es un componente necesario de fuerza.

—Muy cierto. Ahora —dijo el Emperador, dirigiéndose hacia el turboascensor—, ven y camina conmigo. Tengo algo que discutir contigo. Me alegro de que te quedaras en el planeta. Eso demuestra respeto.

—O una falta de transporte —comentó Ferus.

El Emperador ignoró eso. No era aficionado a los chistes. Pero ese no quería decir que Ferus no obtuviese un poco de placer lanzando unos cuantos en su camino. Una cosa sobre los imperiales es que eran unos tipos sin gracia. —Me gustaría conocer tu valoración de la situación actual. —dijo Palpatine.

Ferus se activó en modo negocios. —Las infraestructuras se han recuperado hasta el noventa y ocho por ciento y al final del día estarán completamente operacionales...

—No hablo de las infraestructuras. No soy un burócrata. Estoy interesado en tus impresiones de la situación.

Ferus pensó un momento. Sabía lo que le estaba preguntando el Emperador. —La población se puso de los nervios por el mal funcionamiento de las infraestructuras —le confió Ferus—. Esto hizo que la ciudad se sintiese vulnerable. Bog Divinian está aprovechando esa vulnerabilidad. Sugiere que la delegación de Rosha está detrás de eso.

—Están aquí para negociar un acuerdo comercial.

—El primero. Los dos planetas han sido rivales tecnológicos durante décadas. Sacar provecho de la desconfianza samariana ante los roshanos no es una mala estrategia para obtener poder, pero podría salir el tiro por la culata. Ahora la mayoría de los samarianos apoya el comercio con Rosha. Si descubren que Divinian está elaborando los cargos contra los roshanos, todo esto podría estallar en su cara. Tendría disturbios aquí, y la desconfianza hacia el Imperio aumentaría. Eso alimentaría la resistencia.

—Podría culpar simplemente a Divinian, y entonces destituirle del cargo.

—Bueno, esa es una estrategia. Pero los samarianos no le creerían. Tendría que usar la fuerza para aplastar el planeta, lo cuál no lo importaría.

—¿Qué hay de esta resistencia? —preguntó el Emperador—. Han atacado algunos blancos imperiales y han tenido éxito.

—Sus cifras son pequeñas —dijo Ferus. Ahí pisaba terreno peligroso. Se había quedado en el planeta para ayudar a la resistencia. No quería darle al Emperador una razón para usar la fuerza, pero si minimizaba sus fuerzas demasiado el Emperador sospecharía.

—Parecen bien organizados.

—Sí —estuvo de acuerdo Ferus. Tenía que estarlo. Ambas operaciones para dejar fuera de combate transportes imperiales habían sido ejecutadas perfectamente. Si no admitía eso, Palpatine sospecharía de su implicación.

—Tu sabes más sobre grupos de resistencia que Lord Vader. Él no admitiría eso, pero es cierto —dijo el Emperador. Por su tono uno casi podría pensar que estaba pensando en voz alta, pero Ferus no se lo creyó ni por un instante. Toda esta conversación había sido calculada, y Ferus tenía la sensación de que el resultado era inevitable. Empezó a ponerse nervioso. Muy nervioso.

—Sólo Sath importa en Samaria —continuó Palpatine—. Si la resistencia es aplastada aquí, será eliminada de todo el planeta. Y aquí es donde el sistema informático se vino abajo. Lord Vader me dijo que no has podido recuperar los registros de ningún subversivo del planeta.

—Parece ser que ese fue el primer blanco del saboteador —dijo Ferus—. Esos registros han desaparecido para siempre.

—Lo que la galaxia no entiende —continuó Palpatine—, es que la resistencia sólo da problemas a una sociedad como un todo, hay daños en la propiedad, movimientos restringidos para todos, una atmósfera de miedo y desconfianza. El mejor resultado para este planeta es que continúe siendo una sociedad próspera y bien dirigida.

—Por supuesto —realmente había momentos en los que Ferus sentía que estaba en mitad de un sueño. Esto no podía ser real. Él no podía estar caminando al lado del Emperador Palpatine y estar de acuerdo con él.

Sabía que estaba siendo manipulado. Estaba aquí para representar un papel. Tenía que parecer reluciente, pero también tenía que parecer corruptible. Pero tenía que ser un desafío, o Palpatine sospecharía de él.

—Quiero que encuentres a los líderes de la célula de resistencia en Sath y les entregues un mensaje —continuó Palpatine—. Les ofrezco amnistía, si se desbandan. Debemos mantener la paz.

Asombroso. Ferus quiso sacudir la cabeza ante la pura audacia de eso. Esta figura de mal y destrucción afirmaba estar transmitiendo un mensaje de paz.

—Olvida que no sé quién es la resistencia —dijo Ferus.

—Yo no olvido nada —dijo Palpatine, con un indicio de acritud en su tono—. Ese es un detalle menor. ¿Y quién mejor para llevarles el mensaje que uno al que se le ha concedido amnistía?

Ahí estaba. La trampa inevitable. Ferus se maravilló de su ingeniosidad, incluso mientras se estremecía al morder el anzuelo. Le habían concedido la amnistía, así que confiarían en él. Podría asegurarles la fiabilidad del Emperador sin decir una palabra. Y entonces Palpatine los aplastaría. Podría no ser ahora, podría incluso no ser pronto, pero lo haría.

Estaban a escasos pasos del turboascensor. Darth Vader todavía seguía parado a cien metros, esperando. Un oficial imperial permanecía junto al turboascensor, listo para activar el sensor. Ferus podía ver el oscurecimiento del cuello de su uniforme producido por el sudor que había bajado por su cuello y se había recogido allí. Palpatine estaba haciéndoles esperar. Se estaba tomando su tiempo.

Palpatine dejó de caminar y se giró hacia él. Ferus deseó que no lo hubiese hecho. Cuando miraba esa cara devastada estaba más cerca de perder los nervios.

—No te gusta pensarlo, pero te atrae el poder —le dijo Palpatine, inclinando su cabeza para que su voz se enredase alrededor de la oreja de Ferus—. Estamos empezando la nueva era. No juzgues aún. La ascensión al poder de cualquier gobierno lleva alguna crueldad para asegurar un fin justo. Las cosas de antes eran corruptas y estaban fallando. Debes admitir que eso es cierto.

—Sí — ¿Pero cuánto de ese fallo en la estabilidad se debía a las propias maniobras de Palpatine? Ferus no lo sabía. Palpatine había usado ingeniosamente la avaricia y la corrupción de los senadores, y la ceguera de los Jedi, para consolidar su poder y entonces hacer su movimiento.

—Estoy aquí para demostrar que la paz y la estabilidad de la galaxia son posibles sólo a través de mí —El Emperador miró sobre la ciudad de Sath bajo ellos, hacia los dedos artificiales de arena que se extendían en el mar de color verde—. Estás en una encrucijada, Ferus Olin. Deberías considerar a dónde perteneces realmente. Floreciste en el Templo Jedi. Prosperaste bajo sus reglas, su estructura. Lo que estoy construyendo es mucho mejor. Un hogar central despejado en el que la política y la estabilidad de la galaxia se manejan por mentes sabias.

Ferus no sabía qué decir, así que no dijo nada. Palpatine estaba intentando absorberle. Era un esfuerzo torpe. Sí, había prosperado bajo las reglas del Templo.

Pero ya no era esa persona.

Ya no estaba loco por las reglas. Y definitivamente no le gustaba que le dijeren lo que tenía que hacer.

Nunca se uniría al Imperio, pero le inquietaba que Palpatine pareciese conocerle íntimamente. Cuando habló de la vida de Ferus como estudiante Jedi, puso el dedo exactamente en lo que Ferus había experimentado. ¿Cómo podía ser eso? Apenas habían tenido contacto. Anakin Skywalker había sido el favorito de Palpatine, no Ferus.

— ¿Harás lo que te he pedido? —preguntó Palpatine.

—Sí —dijo Ferus. Al menos el trabajo coincidía con sus intereses. Podría contactar con la resistencia y ver qué clase de ayuda podría necesitar.

Ferus empezó a moverse, pero Palpatine no había acabado.

—Una cosa más —dijo el Emperador—. Contacta directamente conmigo para informarme de tus progresos.

Ferus asintió, tratando de mantener la sorpresa fuera de su cara. Nadie informaba directamente a Palpatine excepto Darth Vader. Ferus había asumido que Vader sería su contacto; después de todo, Vader estaba al cargo de todas las operaciones del Imperio en el planeta, aunque iba y venía a menudo. ¿Estaba Palpatine sugiriéndole a Ferus que Vader no era realmente el favorito que parecía ser?

El Emperador se movió hacia Darth Vader, el cual todavía estaba esperando y no había movido un músculo. Mientras Ferus caminaba hacia el turboascensor, podía sentir la cólera de Vader como un empujón contra su espalda. Ferus se metió en el turboascensor y

sintió el reconfortante movimiento de descenso hacia el planeta, lejos de la pesada presencia imperial.

Otro trabajo. No había esperado que convertirse en agente doble ocurriese tan rápido.

CAPÍTULO TRES

Tan pronto como Trever llegó a la base secreta, estuvo listo para marcharse otra vez. Pateó el polvo, todo el asteroide era simplemente polvo, rocas y oscuridad. Puesto que no orbitaba alrededor de un sol, la luz llegaba desde la atmósfera superior, la cual estaba coloreada por la tormenta constantemente alternante. Eso producía oscuridad completa a veces, y otras, una densa neblina azul oscuro o púrpura.

No tenía importancia si había luz o no. No había nada que ver.

La base había empezado con cuatro seres: Ferus, Trever, Toma y Raina, dos comandantes de la resistencia que habían estado luchando contra el Imperio en su planeta natal, Acherin. Toma y Raina habían escondido a Garen Muln durante la Orden 66 y le habían dado a Ferus su primera pista sobre un Jedi superviviente. Cuando Ferus les había pedido que dirigiesen la base secreta, habían estado de acuerdo sin titubear, a pesar de que sólo tenían suministros rudimentarios y ninguna nave que pudiera alejarlos si llegaban problemas. Eran enemigos del Imperio y trabajarían construyendo la base para cualquier Jedi superviviente, los Jedi en los que todos creían porque Ferus creía en ellos.

Trever comenzaba a tener sus dudas.

Habían encontrado dos Jedi todavía vivos, así que eso era algo. Solace, la cual tenía el estilo de lucha más impresionante y el temperamento más escaso que Trever había visto. De alguna forma siempre había imaginado a los Jedi como seres plácidos y en calma, pero el estado de ánimo de Solace variaba de gruñón a irritado. Garen Muln también era un famoso Jedi, una vez amigo de Obi-Wan Kenobi, pero había estado tan mal herido que ya no era capaz de mucha acción Jedi. Incluso le había dado su sable láser a Ferus.

Ahora el grupo lo formaban once en total. Trever había llegado allí con sus compañeros de viaje Solace, Oryon y Clive Fax, y habían traído a dos prisioneros imperiales: el mejor amigo de Ferus, Roan Lands, y su amiga Dona, así como Astri Oddo y su hijo de seis años, Lune. Eran un grupo extraño con una única cosa en común: todos eran buscados por el Imperio.

Habían robado una nave imperial, un dulce transporte coreliano YT, pero habían tenido que aparcarlo en un espaciopuerto y encontrar otra cosa. Habían llegado al asteroide con Solace pilotando un Crucero Espacial Clase abollado, menos impresionante, con un casco agujereado y un interior desnudo.

Habían llegado para encontrarse con que las condiciones se habían deteriorado. Toma había caído enfermo, y aunque Raina tenía entrenamiento médico, carecía de los suministros necesarios para curarle. Su recuperación era lenta, y él todavía estaba débil y tembloroso.

Con Toma incapacitado, Raina se había agotado trabajando. Garen había intentado ayudar en el invernadero, pero todavía estaba débil, y finalmente se exigió demasiado y tuvo que parar. Raina había llevado el grueso del trabajo sobre sus hombros, y estaba agotada para cuando regresaron.

El grupo se había hecho cargo de la situación e inmediatamente se pusieron a trabajar. Solace había ladrado órdenes, y la situación fue tan mala que incluso Clive obedeció. Oryon había resultado ser un experto jardinero, y recalibró la mezcla del terreno en el invernadero. Las plantas y las verduras ya daban señas de vida. Roan trabajaba en el exterior de la cápsula de supervivencia, la cual había sido abofeteada por un viento fuerte.

Clive se dispuso a trabajar reparando el deslizador. Dona rebuscó plantas comestibles y colocó más vaporizadores. Astri había ayudado con Garen y Toma, así como reajustando el sistema de comunicaciones que Toma había logrado establecer antes de caer enfermo. El propio Trever había ayudado donde sea que fuese necesario, lo que significaba que había pasado mucho más tiempo arrancando malas hierbas y regando en el invernadero. Eso habría sido suficientemente malo, pero también se había quedado atrapado con el trabajo más degradante, sucio y despreciable de todos, hacer de niñera.

Le había preguntado a Astri si no había algo que quisiese explotar en lugar de eso, pero ella le había sonreído y le había lanzado un juguete láser.

Bueno, Lune había resultado ser un niño bueno. Cuando Ferus le había lanzado esa mirada, la mirada que Trever había llegado a conocer tan bien, la mirada que significaba haz esto, hazlo ya, y no te quejes, Trever se había llevado al niño y había escapado del rascacielos en Sath que estaba siendo invadido por tropas de asalto. Él y Lune habían acabado en el transporte de Solace, y Astri había cogido a Lune en sus brazos. Ella no había llorado, pero Trever nunca olvidaría la fiereza de su expresión o la forma en la que había abrazado a su hijo contra ella. Le recordó a su madre... sólo que su madre estaba muerta, así que no quería recordarlo. Intentaba no estar cerca cuando Astri y Lune estaban juntos.

Ahora estaba sentado afuera en un momento raro de luz. Ocasionalmente el asteroide viajaba cerca de un sistema estelar o de un sol lo suficientemente grande como para penetrar la densa atmósfera, y podían ver sin lámparas.

Observó como Garen ayudaba a Lune a mantener una pelota en el aire usando la Fuerza. Tan pronto como Garen había visto a Lune, había sabido que el niño era sensible a la Fuerza. Esos Jedi seguramente podían descubrir en seguida lo que sea que fuera esa Fuerza. Garen había trabajado con Lune, ayudándole a "confiar en sus sentimientos" y "No lo intentes. Hazlo" Claro. Fuera cual fuese la lección, estaba funcionando. Trever deseaba que ser capaz de propulsar un objeto sólo mirándolo. Propulsaría montones de créditos hacia él.

A la única persona a la que no le complacía la visión de Garen y Lune era a Astri. Él la vio observando, y pudo sentir su preocupación. ¿Quién podía culparla? No era exactamente un momento estelar para ser un Jedi.

Sabía que el marido de Astri, Bog Divinian, había conspirado para llevarse a Lune de su lado. Querría enrolar a Lune en alguna clase de academia que el Imperio estaba iniciando en Coruscant. Sabía que Lune era sensible a la Fuerza, así que creía que sería un piloto formidable finalmente.

Ferus había frustrado ese complot. Pero Astri seguía preocupada.

Trever rodeó sus rodillas con sus manos y se apoyó contra una roca plana. Era el fin de un largo día. Pronto, los demás dejarían sus trabajos y se reunirían. Alguien traería una bandeja con té. Se sentarían e informarían de su progreso. Trever no sabía cómo se había establecido la rutina, pero lo había hecho. Hacía que todos ellos se sintiesen parte de algo.

Clive llegó primero, sentándose al lado de Trever con un suspiro. —Déjasele a Ferus —dijo—. Si hay un parche de roca inexplicablemente terrible en el que puedas aterrizar una nave estelar, él lo encontrará.

Era una variación de lo que decía cada día. Clive estaba hecho para ciudades y mundos llenos de tráfico, restaurantes y personajes peligrosos. Una vez había sido un agente doble durante las Guerras Clon, así como un músico y un espía industrial. No parecía que hubiese nada que no pudiese hacer.

Con otro suspiro, Clive se estiró en toda su largura sobre el suelo. Su pelo negro estaba cubierto de polvo, y la grasa se había acomodado en cada arruga en su túnica. Todavía estaba trabajando en el obstinado deslizador. Parecía estar en un estado de extenuación absoluta, pero cuándo Astri llegó y colocó su silla plegable al lado de Trever, Clive se sentó erguido.

—Al menos hoy tenemos algo de luz —comentó Astri—. Debemos estar pasando por un gran sistema estelar.

—Genial. Más luz para ver más polvo —dijo Clive.

—¿Qué esperas de un escondite, Clive? —preguntó Astri—. ¿Buenos hoteles y luz del sol todos los días?

—No veo por qué no. Me he escondido en muchos buenos hoteles en mis días —Clive apoyó su cabeza en la roca que había usado como almohada—. Simplemente Ferus tiene que hacer las cosas más difícil. ¿Y puedo señalar que él ni siquiera está aquí?

Los demás comenzaron a dirigirse hacia ellos. Dona apareció, llevando una cesta con el pan que había logrado hornear cada día a pesar de sus otras labores. A ella le gustaba alimentarlos, y Toma y Garen ya se habían fortalecido bajo el hechizo de sus sopas y sus panes. Detrás de ella, Roan llevaba una mesa pequeña, la cuál colocó cerca de Trever y los otros. Dona colocó la cesta sobre ella. Luego puso sus manos gruesas y anchas en su espalda y se estiró.

—Un largo día de trabajo —dijo ella—. Sienta bien.

Un gemido emergió de Clive. —Si tú lo dices, compañera.

Roan le dio un golpecito con el pie y dejó caer un grueso trozo de pan sobre su pecho. —Tal vez esto te reviva —como Ferus, Roan había conocido a Clive hacía años. Roan y Ferus habían sido socios en la empresa Olin/Lands, la cual había creado nuevas identidades para aquellos que trataban de escapar de bandas criminales, piratas, o gobiernos, cualquiera que hubiese traicionado a una organización maligna y necesitase esconderse. Clive había sido más un estafador que un soplón, pero a Ferus y a Roan les había gustado y le había ayudado de todas formas. Le habían rescatado de varios apuros y se habían ganado su lealtad. Clive afirmaba no creer en nada excepto en los créditos de su cuenta, pero era leal con sus amigos.

Oryon y Solace se unieron al grupo. Eran los líderes no oficiales. Oryon fue un fuerte y alto Bothan, que había dirigido una exitosa red de espionaje durante las Guerras Clon. El Imperio había puesto precio a su cabeza, y él se vio forzado a desaparecer, uniéndose a un grupo llamado los Borrados en Coruscant. Ahora sorbía su té y permanecía de pie hablando tranquilamente con Solace.

—Buenas noticias —les dijo Oryon a los demás—. Astri ha podido arreglar el sistema de comunicaciones. Toma ha puesto en funcionamiento el rastreador de tormentas, así que pudimos recibir un mensaje de Coruscant. Keets y Curran están fuera de peligro y escondidos con Dex. Están volviendo loco a Dex, pero están seguros.

—Me alegro de oírlo —dijo Roan—. Buen trabajo, Astri.

Keets Freely y Curran Caladian eran otros miembros de los Borrados. Se habían jugado el cuello regresando a Coruscant para recoger información, y casi habían sido arrestados. Trever se alegró de oír que estaban a salvo. Deseó que estuviera con ellos, escondiéndose en el Distrito Naranja en los subniveles de Coruscant. Seguro, era peligroso, pero al menos estaba vivo.

Dona le pasó a Trever una taza de té caliente. Él lo sorbió agradecidamente. Había suficientes unidades calentadoras para todos, pero el frío del asteroide se metía en sus huesos.

Garen y Lune dejaron su juego y se acercaron, Lune fue corriendo hacia Astri, la cual extendió miel en su trozo de pan. Lune lo masticó felizmente.

Los últimos en unirse fueron Raina y Toma. Toma se había dejado barba desde su enfermedad, y ahora estaba ribeteada de gris. Se movió con la cuidadosa atención de alguien que había estado enfermo recientemente.

Raina llevaba dos taburetes bajo el brazo. Puso uno en el suelo para Toma y le indicó a Dona que tomara el otro. Ella encontró una roca plana en la que sentarse y aceptó una taza de Astri.

Raina lanzó su gruesa trenza castaño rojiza sobre su hombro. —Toma tiene noticias —dijo ella.

Todos ellos se volvieron hacia Toma. Él puso sus manos alrededor de su taza y se inclinó hacia adelante. —Gracias al buen trabajo de Astri —dijo él, cabeceando hacia ella —, he podido contactar con alguien que conocí en la resistencia de nuestro planeta natal —dijo—. ¿Alguien ha oído alguna vez algo sobre Golpe lunar?

—Un golpe lunar es cuando una luna satélite es golpeada por un asteroide lo suficientemente grande como para hacer tambalear su órbita —dijo Oryon—. Puede alterar los patrones planetarios de la marea y puede provocar cambios severos cambios climáticos.

—Eso es —dijo Toma—. Y es también el nombre de una organización secreta. Este contacto es la cabeza de la organización. Su nombre es Flame. Ella era una aristócrata sumamente rica en Acherin cuando el Imperio tomó el control del gobierno. Su familia dirigía las corporaciones y fábricas más grandes del planeta. Pudo sacar la mayor parte de su riqueza antes de que el Imperio asumiera el control de las industrias principales. Ahora está usando esa riqueza para financiar Golpe lunar. Su idea es ir de planeta en planeta, contactando con cualquier movimiento de resistencia. Usará lo que tenga para financiarlos y conseguir más fondos a través de sus contactos. La cuestión es organización. Podemos conseguir mucho más si nos mantenemos en contacto. Ella ha puesto su fortuna personal sin pensarlo.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros? —preguntó Clive.

—Acabo de enterarme de que va de camino a Samaria —dijo Toma—. Esto podría ser de ayuda para Ferus. Desafortunadamente se cortó la transmisión y no tuve oportunidad de hablarle de él. Pero un enlace de movimientos de resistencia sólo podría ayudar a cualquier Jedi superviviente. Podrían moverse por la galaxia, confiando en refugios seguros. No se quedarían atrapados escondiéndose en este asteroide.

—Es un plan —dijo Oryon cautelosamente—. Pero cuantas más personas sepan de la existencia de los Jedi, más peligroso será para ellos.

—Tenemos que preocuparnos por la seguridad de los Jedi que aún no hemos encontrado —dijo Solace mirando a Garen.

—Sólo hay tres de vosotros en este momento que yo sepa —dijo Clive—. No es como si hubiese un ejército Jedi allá afuera que necesitáramos esconder.

Trever miró a los demás. Sólo algunos de ellos sabían que Obi-Wan Kenobi estaba todavía vivo. Era un secreto que todos ellos guardarían.

Garen mostró una pequeña sonrisa. —Yo diría dos Jedi y medio, realmente. No valgo mucho estos días.

—Vales más de los que piensas —dijo Solace con el tono más amable que Trever le había oído usar.

—En cualquier caso, Ferus debería ser consciente de que Flame está allí y tratará de contactar con la resistencia —dijo Raina—. Ferus está allí para ayudarles.

—Uno de nosotros debería ir a Samaria —dijo Oryon.

—Iré yo —dijo Solace.

Oryon negó con la cabeza. —No deberías. Eres demasiado sospechosa. Acabas de estar allí y el Imperio te está buscando. Iré yo.

—¿Y tu no eres sospechoso? —preguntó Solace.

—Iré yo —dijo Clive—. De todas formas no puedo esperar para salir de esta roca.

—Espera un momento, si alguien tiene que ir, debería ser yo —dijo Roan—. Tengo más experiencia con movimientos de resistencia.

—Acabas de escapar de una prisión imperial —dijo Oryon—. No tienes documentos de identificación. No puedes ir.

—Puedo crear un documento falso de identificación inmediatamente.

Toma alzó una mano. —Esto no debería ser una causa de discusión. Necesitamos elegir a la persona más adecuada.

—He hecho un escaneo atmosférico —dijo Roan—. Las tormentas disminuirán en severidad en cinco horas. Un buen momento para despegar. Yo digo que descansemos un poco y entonces decidamos.

Los demás estuvieron de acuerdo con esto. Todo el mundo se dirigió hacia el refugio. Trever volvió caminando lentamente. Él no había dicho una palabra, porque sabía que los demás no estarían de acuerdo.

Él debería ser el que fuera.

Era el menos sospechoso. Nadie se fijaba en los niños. Conocía los movimientos de resistencia casi tan bien como Roan. Era un buen piloto y un mejor luchador. Podría ser útil. La única razón por la que no se había quedado en primer lugar fue porque Ferus prácticamente le había sacado a patadas del planeta.

Lo que realmente le fastidiaba era que nadie se preocupaba por Ferus. Todo el mundo asumía simplemente que Ferus estaba bien. Le habían dejado en una torre de apartamentos a medio construir, a cientos de metros sobre el suelo, rodeado de tropas de asalto y malvados droides que podían cortar a través del motor de una nave en segundos, sin mencionar a Darth Vader esperando abajo como una gigantesca araña reclumi, y ellos pensaban que estaría bien porque era un grandioso y fabuloso Jedi.

Bueno, Trever tenía noticias para todos ellos: Ferus no era un Jedi. Había hecho algunas cosas asombrosas, sin duda. Pero Trever también había visto cómo se había esforzado. Le había visto cometer errores.

Ferus no era rival para Darth Vader.

Ferus necesitaba ayuda.

Trever esperó hasta que sólo escuchó respiración a su alrededor. Salió a escondidas del refugio y se abrió paso velozmente hasta el único transporte. Se sentó en el asiento del piloto, reuniendo su coraje. Trever había hecho el viaje varias veces, y aunque decía que estaba acostumbrado, la verdad era que cada vez que tenía que volar a través de la tormenta, estaba un poco aterrorizado. Siempre se alegraba cuando terminaban de pasar por ella.

Pero había visto a Ferus volar a través de esa tormenta. Solace acababa de hacerlo. Él podría hacerlo también.

Encendió los motores y salió disparó hacia la atmósfera. Una vez que alcanzó la atmósfera exterior, la nave comenzó inmediatamente a encabritarse y casi empezó a girar. Trever saboreó la amargura del miedo en su boca. Enderezó la nave, acordándose de rastrear las corrientes en el ordenador y moviéndose con ellas en lugar de ir en su contra. Podía hacerlo.

Un retazo de baja presión le envió girando a un vórtice de estrellas. Trever luchó por recuperar el control, sus manos se resbalaban por el sudor. Se inclinó sumergiendo la nave, oponiéndose al deseo de corregirlo. Dejó que la nave siguiese su curso. Con un gran estremecimiento, se enderezó.

De acuerdo, no sería fácil. Pero lo haría. Tenía que hacerlo.

CAPÍTULO CUATRO

La grandiosa sala de recepciones en el Pabellón de los Ministros era un vestíbulo de cincuenta pisos de altura, una vertiginosa estructura formada por puntales arqueados y finas vigas. Los muros de color rosa pálido de sintopiedra se unían con suelo enlosado en azul, el color exacto del mar artificial vislumbrado por las altas ventanas. En medio de la habitación había una plataforma circular con un motor repulsoelevador.

Ferus trató de quedarse en la parte trasera de la muchedumbre, pero el Emperador señaló hacia él, y se encontró al lado de Darth Vader en la plataforma. Exactamente donde no quería estar.

Lentamente, la plataforma se alzó en el aire y flotó a un metro por encima del suelo. Puesto que esto era una reunión política, Ferus se preparó para una larga dosis de aburrimiento. Estas ceremonias podían durar más que una puesta de sol en Beshpin.

Vio la delegación de Rosha en la parte más alejada de la multitud. Los roshanos eran altos, con cuatro antenas tan delicadas como zarcillos y sensibles a la luz, que se recogían contra sus cabezas durante el día y se desplegaban en la oscuridad o por ansiedad. La mayor parte de ellos tenían brillantes ojos azules o verdes, y firmes y flexibles cuerpos. Estaba sorprendido de que hubiesen aparecido para empezar, considerando todas las mentiras que Bog Divinian estaba esparciendo sobre ellos. Bog había hecho que pareciese como si el apoyo de comercio de Larker entre viejos rivales fuese un gran error.

La opinión de Ferus era que Bog era imbécil retrasado y confabulador, pero tenía que admitir a regañadientes que era inteligente tratar de conquistar a la población. Bog se había atribuido el mérito de arreglar el virus informático que había paralizado la sociedad sathana, y no había dejado de alabar al planeta y a sus ciudadanos. Los sathanos fueron conquistados con halagos y se les dio una razón para despreciar a un rival, y esa era una combinación irresistible.

Aaren Larker, el primer ministro de Samaria, dio un corto discurso agradeciendo a los ministros por asistir. Estaba claro que el hombre estaba disgustado por tener que alabar a Bog Divinian. Todo lo que quería hacer era sacar al Imperio a patadas de su planeta.

Ferus se preguntó cuánto tiempo duraría Larker. Ya había peticiones de un voto de no confianza. Estaba seguro de que Bog estaba detrás del movimiento para deponer a Larker. Cuando había llegado al planeta, pensó que Bog era estúpido por creer que podría regir Samaria. Ahora veía que Bog no había estado demasiado confiado en lo más mínimo.

—Y ahora llegamos a la razón que nos ha traído hasta aquí —dijo Larker—. Debido a la votación unánime de los ministros, me gustaría presentar el Premio de la Ciudad de Sath para nuestro consejero imperial, Bog Divinian, el cual nos ayudó de forma tan capaz durante la crisis. Para mostrar nuestro aprecio, le hacemos entrega de su propio droide personal, manufacturado aquí en Samaria.

Ferus vio que la sonrisa de Bog se ensanchaba. Probablemente no era lo suficientemente ágil de mente para darse cuenta de que Larker sólo le había llamado "capaz". Eso apenas era un gran halago.

Pero ahí estaba Bog, admitiendo el aplauso, sonriendo ampliamente y dando un paso hacia adelante. Larker le entregó un droide personal, que Bog colocó en su hombro como si lo hubiera hecho toda su vida, dándole una pequeña palmadita que provocó más aplausos de los ministros.

—Sabe, siempre quise uno de estos compañeros —dijo Bog—. ¡Mi propio Petey! Espero que me reforme. Que me lleve a las reuniones a tiempo.

Los ministros se rieron.

— ¡Mejor aún, tal vez me dirá cuando tomarme un descanso!

Aplausos diseminados y una gran risa de los ministros. Bog se estaba ganando a la multitud.

—Pero seriamente...—Bog hizo una pausa para dejar que el ruido se redujese progresivamente—. Sólo he estado aquí durante algunos meses, pero siento como hubiese vivido aquí toda mi vida. Vosotros los samarianos, trabajáis duro, lucháis con fuerza, y hacéis que las cosas ocurran. Ahora, otros planetas podrían pasarlo mal por eso —Bog alzó una mano mientras un murmullo barría la audiencia. Era una referencia obvia a Rosha. Larker frunció el ceño y miró como si quisiera tirar de un empujón a Bog de la plataforma repulsoelevadora—. Pero el Imperio no. Algunos otros planetas podrían querer haceros caer, para sentirse más listos. Os diré esto: no va a ocurrir. ¡Porque los samarianos siempre ganan!

Los ministros expresaron su alegría. Ferus no podría creer que estuvieran tragándose todo esto. Bog estaba haciendo que las relaciones interplanetarias pareciesen una carrera de vainas.

— ¡Y esa es la razón por la que —otra palmada al droide personal en su hombro— estoy orgulloso de ser un samariano honorario!

El vestíbulo se volvió loco. Los ministros se empujaban hacia adelante mientras la plataforma descendía, todos ansiosos por estrechar la mano de Bog. Las cámaras de la HoloRed se acercaron mientras los reporteros comenzaban a hablar excitadamente sobre Bog.

Ferus vio a Vader acercarse al Emperador. Usando su viejo entrenamiento Jedi, eliminó el ruido a su alrededor y afinó sólo dos voces.

—Pensamos que fue ascendido más allá de su competencia —dijo Palpatine—. Pero mírale.

—Es un tonto —dijo Darth Vader.

—Sí —admitió Palpatine—. Es exactamente lo que necesitamos.

Ferus se mezcló con la multitud, tratando de averiguar cuál era el estado de ánimo. Era aparente que los ministros habían sido arrastrados por la marea de amor propio de Bog. El discurso de Bog se había extendido por la ciudad como fuego incontrolado, y la HoloRed del planeta estaba retransmitiéndolo en todos los lugares de reunión de Sath.

Notó cómo los ministros se colocaron alrededor de Bog pero dejaron sólo al primer ministro de Samaria. Ferus se movió hacia él. Había esperado durante días encontrarse a solas con Larker.

— ¿Los oyes? —le dijo Larker—. Están transfiriendo su lealtad a un consejero imperial. Lo cual supongo que te hace feliz.

—No particularmente.

—Eres uno de ellos.

—No. Hice un trabajo para ellos. Hay una diferencia.

Larker le dedicó una larga mirada. —Sigue diciéndote eso —le dijo suavemente.

—Sé que contrató a Astri Oddo para sabotear los ordenadores —le dijo Ferus quedamente—. Hice los preparativos para su escape. Ella ha debido contactar con usted.

—Lo hizo.

—Entonces sabe que puede confiar en mí.

La mirada de Larker vagó por la multitud. —No puedo confiar en nadie.

—Si Bog continúa agitando la ciudad con la amenaza roshana, puede dar un paso adelante y admitir que fue usted el que dio la orden de sabotear los ordenadores, no los roshanos.

—Y si hago eso, seré arrestado, y Bog se convertirá en gobernador —dijo Larker.

—Puede que no tenga otra opción —dijo Ferus—. Bog está reuniendo apoyo entre los ministros para expulsarle.

—No me traicionarán al final —dijo Larker—. He estado trabajando para establecer este acuerdo con los roshanos durante años. Todos los ministros lo apoyan. El tiempo de guardar secretos industriales ha terminado. Ambos somos innovadores tecnológicos, pero si trabajamos juntos, podemos lograr incluso mayores avances. Somos expertos en macrotecnología, podemos dirigir ciudades, planetas con nuestros sistemas. Ellos han conseguido enormes avances en microtecnología. Sus droides están entre lo más pequeños de la galaxia, con los sistemas más sofisticados. Sufrimos un revés cuando Rosha se puso del lado de los Separatistas durante las Guerras Clon. Estaban profundamente involucrados con la Federación de Comercio. Pero han llegado a lamentarlo. Ahora podemos lograr un auténtico acuerdo comercial. Podemos compartir nuestra tecnología.

—No si el Imperio tiene algo que decir al respecto.

—No lo tienen. No interfieren en contratos comerciales de los sistemas. No quieren que la economía galáctica se venga abajo.

—No, solamente quieren controlarlo. ¿Por qué cree que Bog está tan en contra del acuerdo comercial?

Larker se encogió de hombros. —Porque yo lo apoyo. Esa es razón suficiente. Sabe que el samariano común teme a los roshanos, así que usará eso como una cuña para ganar apoyo —le echó a Ferus una mirada escrutadora—. Dices que simplemente eres un trabajador contratado, trabajando por créditos. Sabes algo de mí que podría hacerme caer, pero no lo usas. ¿Por qué?

—Porque estoy de su lado. Y me vendría bien su ayuda. El Emperador me ha pedido que encuentre a la resistencia y les ofrezca amnistía si se desbandan.

Larker le miró intensamente. —¿Y esperas que lo hagan?

—No. Pero fui contratado para entregar el mensaje personalmente. Si pudiera encontrarles y hablar con ellos, podría ser capaz de ayudarles. Fui uno de los miembros fundadores de la resistencia en Bellassa. Asestamos muchos golpes contra el Imperio después de que asumiese el control del gobierno. La ciudad se levantó contra ellos.

—Pero el Imperio todavía tiene el control.

—No puedes echar al Imperio de tu planeta. Sólo puedes hacer que les sea difícil controlarte. Y esperar las mejores oportunidades.

—Entonces —dijo Larker—, fuiste uno de los fundadores de los Once, y aun así aquí estás. ¿También te ofreció amnistía el Emperador?

—Sí.

Larker le miró con desprecio. —Así que la cogiste y abandonaste tu causa.

—No exactamente —dijo Ferus. No podía explicarlo completamente. Comprometería su misión—. Sigo trabajando para la causa, pero... de una forma diferente.

Pero era demasiado tarde. Había perdido a Larker.

—No puedo ayudarte —le dijo Larker—. No sé nada de la resistencia, de todas formas.

Justo entonces el asistente que había estado acechando cerca se aproximó. Larker aprovechó la interrupción. — ¿Sí, Dahl?

—A la delegación roshana le gustaría hablar con usted. Robbyn Sark especialmente está ansioso por repasar algunos detalles del contrato.

—Por supuesto —Larker inclinó la cabeza ante Ferus y echó a andar a través de la abarrotada sala. Ferus observó como le decía algunas en voz baja a su ayudante. Dahl asintió.

Una sombra cayó sobre las baldosas, y Darth Vader apareció al lado de Ferus.

—Tuviste una larga conversación —comentó Vader serenamente.

—Es un tipo hablador.

—No olvides para quién estás trabajando. No se debe confiar en Larker.

—Como yo lo veo, no se debe confiar en nadie de por aquí. Pero gracias por la advertencia.

—El Emperador te dio una tarea. Espero un informe completo.

—Puede esperarlo, pero no lo obtendrá —Ferus comenzaba a pasar un buen rato—. La instrucción del Emperador fue informarle a él directamente sobre mi progreso. A nadie más. Y eso le incluye.

Vader no dijo nada durante un momento. Ferus sólo oyó el sonido rasposo de su extraña respiración automatizada.

Entonces Darth Vader se giró abruptamente y se marchó. Su significado estaba demasiado claro para Ferus: Voy a disfrutar destruyéndote.

CAPÍTULO CINCO

Ups. Ferus había intentado mantenerse alejado de Vader. En serio. Pero aparentemente no había tenido éxito.

Ferus esperó fuera del Pabellón de los Ministros. Se apoyó contra la plataforma de una gran escultura, losas de piedra, trozos de plastoide y quadrillum que se suponía que representaban una gigantesca versión del juego de sensores de un droide. Los samarianos adoraban la tecnología por encima de todo. No se fijó mucho en la escultura, pero le escondía y le proporcionaba una vista clara de las enormes puertas dobles de la salida.

Después de unos momentos, el ayudante de Larker, Dahl, atravesó enérgicamente las puertas principales. Los aerotaxis patrullaban este área de Sath, llevando ajetreadamente ministros de un edificio gubernamental a otro. Dahl activó la señal parpadeante de búsqueda de droide personal, el método que usaban los sathanos para llamar aerotaxis. Un vehículo se detuvo inmediatamente.

Ferus llamó a su propio taxi de la vieja forma, alzó su mano.

Su conductor siguió al taxi precedente sin una pregunta. El taxi de adelante ascendió a través de las vías espaciales sin ninguna prisa y sin hacer ningún intento de perder a su perseguidor. Obviamente Dahl no tenía ni idea de que le estaban siguiendo y no tomó precauciones. Eso era extraño. Quizá Ferus había interpretado mal la situación. Había asumido que Dahl era el enlace de Larker con la resistencia, pero si eso era así, Ferus habría esperado que ejecutara acciones evasivas de forma rutinaria.

El aerotaxi se detuvo en un café y Dahl se bajó.

Bueno. O Ferus encontraba a la resistencia, o almorzaría.

Ferus detuvo su taxi un bloque por delante. Caminó por la rampa de vuelta al café. Buscó a Dahl mientras se movía a través de la muchedumbre. Dahl se dirigía hacia la parte trasera, donde los sathanos encargaban la comida y las bebidas en una barra de servicio. Manteniéndose fuera de la vista por si Dahl miraba hacia atrás, Ferus se movió a la derecha. Dahl se unió a la cola.

De repente una mujer joven detrás de Ferus chocó con un camarero, el cual dejó caer la bandeja llena de vasos vacíos que llevaba. Los vasos se estrellaron contra el suelo. Ferus se fundió rápidamente con la multitud por si Dahl se giraba, como hicieron todos los demás en el café.

Pero Dahl no se giró. Se escabulló entre la muchedumbre y desapareció.

Ferus se volvió rápidamente y se dirigió hacia la entrada delantera. No tenía dudas de que Dahl había salido por una puerta trasera.

Un movimiento clásico. Usar la distracción para perder al perseguidor, si se encontraba allí. Dahl solamente estaba siendo cuidadoso. Ferus salió, asegurándose que no había nadie tras él. Se dirigió hacia una calle lateral y dio un salto de Fuerza hasta el techo del edificio, aterrizando sin un ruido. Corrió ágilmente por el tejado. Mirando hacia abajo, pudo ver a Dahl dirigiéndose rápidamente hacia una calle trasera, mirando detrás de él para comprobar que nadie le seguía.

Saltando de tejado en tejado, Ferus fue capaz de tener a Dahl a la vista mientras se movía a través de los pasillos con control de clima que entrecruzaban todos los niveles de la ciudad de Sath. Al final llegó a un Alquiler de Deslizadores, una gran parcela donde los

aerodeslizadores usados se ponían en venta. Dahl se movió de un deslizador al siguiente, como si los estuviera considerando.

Ferus bajó de un salto al callejón que conectaba con la parcela. Allí estaba en una perfecta posición ventajosa.

Un vendedor se acercó, pero Dahl sacudió su cabeza y se apartó. Dahl se metió en un deslizador amarillo, revisando los controles de forma casual. Luego salió de un salto, observando algunos deslizadores más, y se marchó.

Ferus había visto lo que había venido a ver. Acababa de presenciar una caída. Dejó que Dahl desapareciese calle abajo. Esperó.

Un momento después, la joven mujer de pelo rizado que había causado la distracción en el café entró en la parcela. Sonrió al vendedor, atravesó la parcela examinando diferentes vehículos, y subió al deslizador amarillo. Puso sus manos en los mandos y examinó la consola.

Salió, encogiéndose de hombros hacia el vendedor, se despidió agitando una mano, y continuó calle abajo. Su droide personal era metálico de color rojo, y su túnica era ajustada y le llegaba hasta las botas negras. Iba vestida como el típico joven sathano elegante.

Y formaba parte de la resistencia.

Ferus la siguió usando el mismo método, saltando de tejado en tejado y ocasionalmente, si había buena vista, sobre la calzada del nivel inmediatamente superior. Era bueno en eso. Las habilidades que había aprendido siendo un Jedi se habían afinado mientras trabajaba en sus propios asuntos, y más tarde como miembro de la resistencia en Bellassa.

La mujer entró en una pequeña cantina. Ferus esperó algunos minutos, entonces entró. La mujer estaba sentada en una mesa de la parte trasera. Un hombre mayor se había unido a ella. Ferus tomó asiento en la barra.

Consideró su siguiente movimiento. El más directo era muy probablemente el mejor. Simplemente se acercaría a ellos.

Estaba a punto de levantarse cuando sintió algo pequeño y frío golpeándole en la espalda.

—Sí, es un bláster —dijo una voz grave—. Así que no te muevas. Me gustaría tener unas palabras contigo en el callejón.

CAPÍTULO SEIS

Trever pensaba que podía manejar cualquier cosa que le lanzara la galaxia en ese momento, pero había atravesado la tormenta a duras penas, y la nave estaba fallando mientras se aproximaba a Samaria. Tenía las coordenadas de donde estaría Flame, gracias a una rápida búsqueda en la base de datos privada de Toma, pero tenía aproximadamente dos minutos más antes de que perdiese los motores y se estrellara.

Tal vez, despegar de esa manera no había sido la idea más brillante.

Bueno. A estas alturas no tenía nada que perder. O se convertiría en polvo espacial o conseguiría aterrizar y encontrar a Flame... y a Ferus. Trever apretó los dientes y mantuvo las manos sobre los controles resbaladizos por el sudor. Ahora la nave estaba un poco fuera de control. Su plan era entrar rápido y pegarse al suelo con la esperanza de evadir cualquier sensor imperial de rastreo. Técnicamente, se suponía que Trever iba a registrarse y a aterrizar en la plataforma de aterrizaje principal de Sath, pero las reglas le producían picores, y los imperiales le hacían salir disparado.

Cuando no había estado preocupándose por el viaje, había estado revisando la base de datos de navegación. El área donde se suponía que tenía que aterrizar se encontraba a fueros de Sath. Samaria tenía vastas zonas de tierra salvaje, y el Bosque de Cristal era una de ellas. Aunque era un destino popular para turistas y campistas, la mayor parte seguía siendo salvaje.

El Bosque de Cristal se había formado millones de años atrás, cuando el planeta era un planeta de hielo. Los cristales habían formado acantilados y formas parecidas a árboles que se elevaban cientos de metros. Se suponía que era una escena motivante, pero todo lo que le importaba a Trever era que le proporcionaría buena cobertura.

Repentinamente, mientras Trever sujetaba los mandos de la desfalleciente nave, vio el área debajo. Parecía una neblina roja, pero según se acercaba fue capaz de diferenciar las nudosas formas macizas en tonos óxido, anaranjado y dorado que se elevaban desde la superficie del planeta. Era extraña y misteriosamente bello.

La nave se estremeció y gimió, entonces se desvió hacia estribor. Trever tuvo que forzar los agotados motores para evitar estrellarse contra una de las imponentes formas. Ahora que estaba en medio del bosque, la nave daba bandazos y los motores se calaban mientras buscaba desesperadamente algún sitio donde aterrizar.

Este lugar había parecido tan galácticamente frío desde la relativa seguridad de la atmósfera. Pero las formas parecidas a árboles no eran tan frías cuando ibas directo hacia ellos. Este lugar también tenía su propio clima. Los vientos aullaban a través de los cañones creados por las formaciones, golpeando contra la nave, y haciendo que Trever gritase cuando el metal chilló por el impacto de un pedazo de cristal afilado a lo largo de un costado.

Tenía que hacer descender la nave. Tenía que hacerlo o moriría.

Buscando ahora desesperadamente, Trever descendió. Un ala de la nave chocó contra una formación de cristal, y más luces rojas parpadearon de repente con insistencia en el panel de control.

—Aguanta —murmuró Trever.

Surgiendo rápidamente a su derecha, vio un pequeño espacio despejado sobre la superficie. Recordó un truco de Ferus. Apagó los motores, hizo un giro cerrado hacia la

derecha, cruzó sus dedos, dejó escapar un aullido de desesperación, y aguantó mientras la nave se estremecía, rechinaba, y luego caía como una piedra en la abertura.

Trever sintió que su cuerpo salía disparado por el impacto. Sus dientes mordieron su labio inferior. Escuchó un ruido horrible de despedazamiento y la nave dio un cuarto de vuelta, entonces se detuvo. Con un suspiro, los motores murieron.

Trever, sin embargo, seguía vivo. Eso pensaba.

Le llevó varios minutos ser capaz de moverse. Su cuerpo temblaba por el esfuerzo realizado. Con los dedos temblorosos limpió la sangre de sus labios con el borde de su túnica.

—Cálmate. Estás a salvo —dijo en voz alta. Se avergonzó de haber estado en tal estado de terror. Había pasado por una gran cantidad de situaciones durante el pasado mes con Ferus. Había pensado que era valiente. Nunca se había dado cuenta de cuánta valentía le había prestado Ferus.

Se levantó de la silla y miró a su alrededor. La nave básicamente se había colapsado a su alrededor. La cabina estaba intacta, pero podría tener problemas para salir si la rampa no funcionaba.

Apretó el mecanismo de apertura. Para su alivio, se abrió con un chirrido. No se abrió del todo, pero eso no era un problema. Se abrió camino hasta la parte superior y saltó. El suelo del bosque era como transpariacero, liso y frío.

Flame le había dado a Toma las coordenadas del lugar donde aterrizaría ella, y le había dicho que esperaría allí durante al menos dos horas, con la esperanza de que Toma pudiese enviar a alguien para reunirse con ella. Las dos horas se habían pasado hace aproximadamente media hora, pero Trever esperaba que no se hubiese rendido todavía. Se orientó con el mapa de su datapad y se encaminó hacia las coordenadas.

Aunque las lecturas de temperatura de la superficie en la nave le habían preparado para el calor, las duras formaciones de cristal y el suelo del bosque irradiaban frescor al aire. Trever mantuvo un buen paso. El lugar estaba tranquilo. Ninguna criatura del bosque podría vivir en ese ambiente; no había vegetación, ni agua. Trever esperaba que encontrar pronto a Flame. Este lugar comenzaba a asustarle.

De repente la quietud se rompió por un suave zumbido que reconoció como el motor de un deslizador. Trever quería correr hacia ello, pero había aprendido cautela en Bellassa. Se deslizó detrás de una de las formaciones y esperó.

Dos aerodeslizadores pasaron zumbando entre las formaciones. Soldados de asalto imperiales, cuatro en cada vehículo. Podía asegurar que estaban rastreando a alguien. Hicieron un giro brusco hacia la derecha y salieron disparados.

Después de unos momentos escuchó otro deslizador. Se recostó contra el cristal, sintiendo las puntas contra su espalda.

El deslizador plateado pasó volando, yendo a toda velocidad. Captó sólo el destello de una impresión, una figura vestida con un traje de vuelo negro y un brillante casco negro.

Tenía que ser Flame.

Trever tenía que correr el riesgo. Salió de detrás de la formación de cristal y trató de hacer señales al deslizador con la luz de su cinturón de utilidades.

Llegó demasiado tarde. El deslizador tomó una curva muy cerrada alrededor de un cristal nudoso de diez metros de ancho y desapareció.

Trever se dirigió de nuevo hacia la roca, pero los deslizadores imperiales habían dado la vuelta y era demasiado tarde. Se tiró al suelo buscando cobertura, pero uno de los deslizadores imperiales se apartó de la formación... y fue directamente hacia él.

Le habían divisado.

CAPÍTULO SIETE

Ferus miraba la pared del callejón. Sujetaban el bláster contra la parte mas blanda de su cuello, y a su compañero no le daba vergüenza presionar el cañón fuertemente contra su carne.

—¿Crees que somos estúpidos? —preguntó su asaltante.

—¿Quién es nosotros?

El cañón fue empujado aún más profundo. Ferus intentó no sobresaltarse. Se estaba molestando. Sabía que podía desarmar a quienquiera que estuviese detrás de él en segundos, pero también sabía que esa agresión en este momento no le proporcionaría lo que quería.

—¿Crees que somos estúpidos? —repitió el asaltante.

—No, no creo que seáis estúpidos. Un poco maleducados, tal vez. Pero si pensase que sois estúpidos, no estaría aquí intentando encontraros.

—Así que admites que estás intentando encontrarnos —el cañón se inclinó hacia la cabeza de Ferus—. Eres un agente del Imperio.

—Bueno —dijo Ferus—, técnicamente, eso es cierto. Supongo que eso suena mal. Pero no significa que no pueda ayudaros.

El asaltante soltó una risa incrédula. —Debería dispararte ahora.

—Pero entonces no sabrías lo que he venido a decir. ¿Por qué no me escuchas, y entonces si quieres me disparas?

—Porque no tengo tiempo que perder.

Ferus podía sentir que a pesar de su duro discurso, su asaltante no quería dispararle. No estaba tratando con un asesino despiadado.

—Mira, esto podría ser más fácil si me presentara.

—Sé quién eres. Ferus Olin.

—Fui uno de los miembros fundadores de los Once en Bellassa.

—He oído hablar de Ferus Olin. Pero nunca le he visto.

—¿Así que piensas que soy un impostor?

—Pienso que el Imperio es capaz de cualquier cosa. Me advirtieron sobre ti.

—Dahl. El ayudante de Larker. Vi el punto de contacto.

Escuchó que su asaltante aspiraba el aire a través de sus dientes. —Larker sólo nos ayuda de vez en cuando. No es uno de nosotros. Y no conoce Bellassa como yo. Podría confiarse en el Ferus Olin autentico. El Ferus Olin auténtico no trabajaría para el Emperador.

—Las cosas cambian. Escucha, soy simplemente un empleado contratado. Piénsalo. ¿Qué mejor manera de enterarse cómo funciona el Imperio que trabajando para ellos?

—¿Estás diciendo que eres un agente doble?

—Ahora lo estás pillando.

Hubo una pausa. —¿Cuál es la localización del piso franco de los Once?

—Oh, vamos. Esa es una prueba estúpida.

El cañón presionó contra su carne otra vez.

—De acuerdo, de acuerdo, no es estúpida... no es útil. Sabes que no puedo decirte eso, incluso con un bláster en mi cabeza. Pregúntame otra cosa.

—¿Cuál fue el primer trabajo que realizaron los Once en conjunto?

Ferus pensó en eso. Sabía la respuesta. Los Once, cuando realmente habían sido sólo once miembros, se habían colado en los archivos imperiales y habían descubierto los nombres de los espías imperiales que se habían infiltrado en la ciudad capital de Ussa. El asalto seguía siendo un secreto guardado por el grupo original, porque los trabajos no se discutían nunca a menos que fuera necesario. Si su asaltante conocía a alguien del interior que se lo había dicho, Ferus podría corroborar la información. Eso no tenía importancia, a estas alturas, los espías imperiales habían cambiado de misiones hacía mucho tiempo.

—Un asalto en los archivos imperiales en el cuartel general de la guarnición para descubrir los nombres de los espías imperiales.

—¿Cuántos espías descubriste?

—Cuatro.

La presión en su cabeza disminuyó. —Puedes darte la vuelta.

Ferus se giró. Su asaltante era más joven de lo que había pensado, tal vez algunos años más mayor que Trever. Su voz profunda y arenosa salía de un grueso y musculoso pecho. El pelo marrón rozaba el cuello de su túnica. Todavía sujetaba el bláster.

—¿Cómo supiste que esa era la verdad? —preguntó Ferus.

—Conocí a alguien que estaba cercano al grupo —dijo—. Cuando empezamos aquí la resistencia, fui a Ussa y a algunos otros planetas para ver si podía planear una operación exitosa. Pude obtener algunas pistas estratégicas. Alguien tuvo la gentileza de darme un breve informe sobre el primer trabajo.

—La doctora Arnie Antin —dijo Ferus—. Ella es a la que conoces.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque dijiste que tu contacto estaba cercano al grupo, pero no en el grupo. Arnie no estaba esa vez. Pero trató a Wil después del asalto, él tuvo una pequeña fractura en su muñeca. Así que ella estaba al tanto.

—Buena deducción. Soy Dinko, ya de paso. Nombre en clave. Todos nosotros los usamos, es mejor si no sabemos el nombre real de nadie—el joven sonrió abiertamente, transformando sus rasgos de prohibido a bienvenido—. Supongo que debería decir bienvenido a la resistencia samariana.

Ferus se frotó el cuello. —Seguro que sabes cómo hacer que un tipo se sienta bienvenido.

De repente la sonrisa en la cara de Dinko se desvaneció. —No he tenido noticias de Arnie en varias semanas. Estábamos en contacto continuo. ¿Sabes algo?

—Tuvieron que trasladar la base de operaciones después del arresto de Roan. Hubo una redada. Oí que tuvieron que desbandarse por un tiempo.

—No queremos que lo que sucedió allí ocurra aquí, eso es seguro —dijo Dinko—. Vamos a conocer a los otros.

Ferus le siguió de vuelta a la cantina. Dinko caminó directamente hacia la mesa con la joven de pelo rizado y el hombre mayor. —Estos son Nek y Firefolk —dijo.

Él se volvió hacia la joven etérea de rizados rojizos. —Creo que ya me he encontrado con Firefolk —dijo.

Ella sonrió. —Inténtalo de nuevo. Soy Nek.

—Yo soy Firefolk —dijo el hombre con el pelo plateado.

—Lo siento —a Ferus le parecía graciosa la idea de que la joven de cara dulce usase el nombre de una de las especies más horrendas de la galaxia, el perro de batalla nek, como su nombre en clave. Habría supuesto que ella habría escogido el nombre más fantástico de Firefolk, diminutos y brillantes seres nativos de la luna jungla de Endor. Se sentó.

—Primero dejadme decir por qué estoy aquí oficialmente —dijo—. El Emperador Palpatine tiene una oferta sobre la mesa. Os concederá amnistía si os desbandáis.

—Éstas son buenas noticias —dijo el canoso Firefolk—. Quiere decir estamos teniendo éxito.

—El Emperador me ofreció amnistía, y la acepté —dijo Ferus—. Fue una forma de meterme dentro. Es algo a tener en cuenta.

—Es una forma de ser arrestado —dijo Dinko—. No me fío de eso.

—No deberías —dijo Ferus.

—Bien, ya has entregado el mensaje —dijo Firefolk—. No aceptamos. Ahora, movámonos.

—Ferus quiere ayudarnos —dijo Dinko.

—Hasta ahora el Imperio no ha asumido el control de vuestro gobierno —dijo Ferus—. Creo que es porque el Emperador todavía está intentando consolidar su poder, y no quiere darle a ningún otro planeta una razón para resistirse. Va a tratar de influenciar a los gobiernos, no asumir el control de ellos. Gobiernos deseosos traerán gobernadores. Lo he visto ocurrir en los Mundos del Núcleo. Cuando el Imperio trató de instalar un gobernador en Bellasa, nos rebelamos, y entonces llegaron con un batallón y asumieron el control. No queréis que eso ocurra.

—Así que por eso enviaron aquí a Divinian —dijo Dinko—. Le llaman consejero, pero trata de ser elegido.

Ferus asintió. —Los samarianos no excluyen a los extranjeros de convertirse en primer ministro, así que tiene una vía de entrada. Bog está ganando poder. Será algo bueno para los imperiales si realmente es elegido. Pueden usarle para mostrar a otros planetas que no pretenden causar daños.

—Y mientras tanto, los sathanos dejan que ocurra —dijo Dinko misteriosamente—. Vamos a dejar que nuestro enemigo pase hasta adentro. Incluso le acercaremos una silla.

—La población tiene miedo —dijo Firefolk—. Miedo de perder lo que tenemos.

—Mientras alguien prometa que conservarán sus droides personales y su comfortable vida, creerán cualquier cosa. —agregó Nek.

—Me temo que Bog está ganando este juego —dijo Ferus—. Está reuniendo apoyo para pedir un voto de no confianza para Larker.

—Está sobornando a los ministros —dijo Nek.

—Si tenéis pruebas, eso podría ser de ayuda —dijo Ferus—. El Emperador todavía está preocupado por las apariencias. Podría ordenar el regreso de Bog a Coruscant. Pero como mínimo, expondría lo que está haciendo y perdería el apoyo que tiene aquí.

Nek, Firefolk, y Dinko intercambiaron miradas.

—Podríamos obtener la prueba —dijo Dinko—. Si todo va bien.

—¿Cómo?

—¿Sabes que los ministros le regalaron a Bog un droide personal?

—Estuve en la ceremonia.

—Un operativo trabajando para nosotros programó el PD de Bog. Colocó un chip que nos permite monitorear sus comunicaciones. Esperamos conseguir la prueba, posiblemente

dentro de algunas horas, tal vez en un día... pero estamos seguros de que la tendremos. Ese droide registrará cada comunicación, cada transacción que haga Bog.

—Bien. Bog no es vuestro único problema, pero es el más grande por el momento. Al Imperio le llevará algún tiempo reemplazarle. Mientras tanto, Larker puede consolidar su poder y vosotros podéis reclutar más miembros.

—Si nos deshacemos de Bog, eso convencerá a los sathanos de que vale la pena unirse a nosotros —dijo Dinko.

—Informaré al Emperador que estáis considerando su oferta —dijo Ferus—. Mientras tanto, sería de ayuda si pudiese llevarle algo que le convenciese de que estoy de su lado. ¿Tenéis algún punto de contacto que ya no uséis sobre el que pueda hablarle?

—¿Qué tal el lugar del deslizador? —sugirió Nek—. Ya llevamos usándolo un mes. Es hora de encontrar un nuevo punto de contacto.

—Bien —Ferus se puso en pie—. ¿Cómo puedo contactar con vosotros de nuevo?

—¿Conoces la Fuente del Crepúsculo en la Plaza Talo?

Ferus asintió. Había memorizado la mayor parte de Sath a esas alturas.

—Si vas allí al mediodía, contactaremos contigo. De otra manera en caso de emergencia podemos usar comunicadores. Tenemos que mantener los mensajes al mínimo por si el Imperio está monitoreando —dijo Dinko.

—Buena política —Ferus inclinó la cabeza a modo de despedida.

Salió andando, sintiendo una extraña reluctancia a marcharse. No era sólo que este grupo le recordase a su época con los Once, era la sensación de que estaban en peligro, viéndose involucrados en algo tan grande que posiblemente no podrían ganar.

Había escuchado las palabras del Emperador. Palpatine hablaba de dejar que el planeta se gobernase a sí mismo, pero si Bog fallaba en asumir el control, ¿llamaría el Imperio a las tropas para una invasión? Él no lo sabía.

Sólo esperaba que la resistencia pudiese sobrevivir a lo que quiera que el Imperio estuviera planeando.

CAPÍTULO OCHO

La situación en Samaria no era inmanejable, pensó Darth Vader. Ni siquiera era terriblemente difícil. Aun así ese idiota, Bog Divinian, estaba logrando manipular a la opinión pública. Tomar el control del planeta sería tan fácil como cortar duracero con un sable láser.

Entonces, si las cosas estaban bajo control, ¿por qué seguía él allí? Tenía una galaxia que manejar. Incluso mientras había estado allí, los informes seguían llegando desde otros planetas. Había un montón de asuntos que tenía que atender. Algunos podían manejarse fácilmente con una amenaza o una directiva. Otros merecían una visita personal. Pero su Maestro le quería allí, por ahora.

En pocos días, había puesto firme al jefe militar. El batallón orbitaba en secreto alrededor del sistema Lemurtoo, listo para descender en un momento. El capitán del batallón había trazado un plan para apoderarse del espaciopuerto y situar tropas alrededor de la ciudad. Estaba presionando para dar el paso. Vader había vetado rápidamente ese plan ridículo. Era sólo el intento de una mente militar inferior de conseguir más importancia. Había ordenado al batallón que permaneciese oculto hasta que fuesen necesarios. Si tenían que dar un golpe de estado, lo harían, pero se haría rápidamente. Situar tropas sin necesidad era estúpido. Eso sólo alimentaba las llamas de la resistencia.

¿Entonces qué era lo que le molestaba? Vader se volvió para examinar los edificios de gobierno que se alzaban desde las extensiones con forma de pétalo que los sathanos habían construido en un mar color verde. Sabía qué era lo que le molestaba, simplemente no quería nombrarlo.

Ferus Olin.

Informando directamente al Emperador.

¿Por qué no se había marchado Olin después de arreglar a Plataforma-7? Le habían dado amnistía. Podría haber despegado. Pero se había quedado. Y cuando el Emperador había llegado, había escogido a Olin.

Darth Vader no iba a sucumbir a los mezquinos celos. Esas emociones se habían ido para siempre, tan extrañas para él como el amor. Había sentido amor una vez. Había fallado en eso. Así que había enfocado su mente y su poder en otras cosas. Lo que quedó se había destilado hasta conseguir una pureza que valoraba. Deber. Un trabajo que cumplir. Poder que conseguir, consolidar y proteger, y un Maestro al que servir.

Era como esa armadura corporal que llevaba, ese traje que era su soporte de vida. Al principio, se había sentido atrapado por él. Pero había aprendido a usarlo tanto para intimidar como para aislarse. Le permitía sentirse separado del resto de los seres que le rodeaban, y eso resultó ser muy útil.

— ¿Me ves ahora, Obi-Wan? No estoy conectado con la Fuerza Viva. La veo en la distancia. Ahora no me puede tocar. Estabas equivocado, mi viejo Maestro. No necesito conectarme con ella. Sólo necesito controlarla.

Vader le dio la espalda a la visión del mar. Apartó el recuerdo de su antiguo Maestro, como hacía siempre. Los pensamientos y recuerdos del pasado llegaban ahora con menos frecuencia.

Hasta que Ferus Olin haya aparecido.

Los celos ya no eran una opción para él, pero el análisis sí. Era adepto de la manipulación, de descubrir motivos, de pensar diez pasos por delante de cualquier otro. Pero Olin... no podía desentrañarlo. Si era un agente doble, era un idiota. No iba a descubrir nada. No iba a cambiar nada.

¿Podía estar verdaderamente medio fascinado por el poder que veía? ¿Podía ser atraído hacia el lado oscuro? Eso era lo que pensaba su Maestro. Esa podría ser la única razón por la que su Maestro estaba mostrando interés.

¿Podría su Maestro estar en lo cierto? El lado oscuro podía ser seductor para un Jedi. Vader lo sabía.

Si esto era así, tendría que tomar medidas para eliminar a Ferus Olin aquí y ahora. No podía permitir que Ferus Olin prosperase en el Imperio. No era un razonamiento por ambición, Vader dejaba la ambición para los tontos como el capitán del batallón que estaba allí, sino eficiencia. No podría realizar su trabajo si Olin estaba por ahí, intentando reemplazarle. Simplemente sería un fastidio. Y molesto.

Activó el comunicador para contactar con el guardia de seguridad de la entrada principal del cuartel general imperial. Habían tomado el control de un bloque de oficinas gubernamentales cerca del Pabellón de Ministros. — ¿Ha regresado Ferus Olin? —preguntó.

—Hace algunos minutos, Lord Vader.

—Envíemelo.

Ferus apareció en menos de un minuto. Vader se sorprendió de que no le hiciese esperar, sólo para mostrarle que podía. Pero de todas formas, Ferus no jugaba a esos fastidiosos juegos que tanto gustaban a Bog Divinian.

— ¿Quería verme, jefe?

Vader desdenó su impertinencia. A diferencia de cómo había estado cuando habían sido Padawans, un día Olin se encontraría en el extremo de un sable láser. Vader esperaba con impaciencia ese momento.

—Quiero un informe sobre la resistencia.

Ferus frunció el ceño. —Supongo que lo olvidó, no le informo a usted. Está bien, sé que ha tenido muchas cosas en la cabeza, toda esa resistencia que aplastar. Si eso es todo, yo...

—No me interesa lo que sea que el Emperador te pidió que hicieras. Infórmame.

Ferus se recostó contra la pared y cruzó los brazos. —Sabe que es el gran misterio entre el personal del Emperador. Todo el mundo quiere saber quién es. De dónde vino. ¿Cómo se involucró con el Emperador? Un día usted no estaba allí. Al día siguiente sí estaba.

Vader encontraba sumamente exasperante que Ferus no le tuviese miedo. Estaba acostumbrado a sentir el miedo de aquellos que se encontraban en su presencia. Una vez, lo había sentido de Ferus Olin. Olin había salido dando tumbos de su escondite en el Templo, había contemplado a Vader, y este casi se había reído del miedo que salía de él a raudales. Olin había salido corriendo como una rata womp asustada. Vader podría haberle, debería haberle, matado entonces. Pero le había dejado marchar. Estaba más interesado en avergonzar a Malorum, el Inquisidor, que en acabar con Olin. Deja que Malorum se ocupe del intruso. No había esperado que con todos esos droides merodeadores y tropas de asalto a su disposición, Malorum fuese lo suficientemente incompetente como para fallar.

Ahora Ferus Olin tenía la protección del Emperador. No podría tocarle. Aún.

Sumamente difícil.

Podría usar fácilmente el lado oscuro de la Fuerza, lanzando el cuerpo de Ferus por los aires y estampándolo con fuerza contra la pared. Ver a Olin romperse. Pero no podía. Palpatine le había dicho que se mantuviese alejado.

— ¿No hablamos hoy? Oh bueno. Tal vez cuando lleguemos a conocernos un poco mejor.

—Te conozco —dijo Darth Vader.

Dijo las palabras con desdén, pero Ferus captó algo detrás de su tono.

— ¿Me conoce?

Vader ya no se cuestionaba a sí mismo dos veces. Se equivocaba tan raramente. Había reaccionado al Ferus Olin que había conocido. El Padawan obtuso, pomposo y cabezota. Tenía que recordarse que Olin debía haber cambiado. Ahora Ferus era más rápido, más listo.

Vader se giró. —Sé lo que eres. Sé lo que quieres. Eres transparente. Vete.

Se sorprendió cuando Ferus no se despidió con una burla. Simplemente se fue.

Te conozco.

¿Por qué esas palabras le dejaron helado?

Ferus pensó en la forma en la que Vader había hablado. No hubo un énfasis especial en su tono; fue la misma voz profunda, inexpresiva e incorpórea que salía de una máscara de respiración.

¿O sí lo hubo? ¿Qué era eso que había captado? ¿Una emoción, un sentimiento, una burla?

Algo.

Y fuera lo que fuera, había tocado el mismo acorde en Ferus.

Te conozco.

Él también conocía a Vader.

Se detuvo en el pasillo, aturdido por el impacto. Pasó sobre él, la posibilidad, y con ella, el conocimiento abrasador de su propia estupidez.

Había asumido que Vader había aparecido de la nada porque Palpatine lo había querido así. Había asumido que Vader había sido como Darth Maul, un aprendiz entrenado y oculto hasta que fuese necesario.

Nunca había considerado la posibilidad de que Vader no hubiese estado oculto.

Ese Vader, por el contrario, había sido convertido.

Ese Vader podría ser, inconcebiblemente, trágicamente, increíblemente, un antiguo Jedi.

Te conozco.

¿Podía ser eso? Ferus se giró y miró hacia la puerta cerrada de Vader. Sus ojos ardieron. Había conocido a muchos Jedi, había cruzado su camino con muchos. Cientos. Y era conocido por muchos. Había sido el aprendiz de Siri Tachi, y todos los Jedi conocían a Siri Tachi.

Miró fijamente la puerta cerrada, preguntándose por la presencia que estaba detrás de ella.

¿Quién eres?

CAPÍTULO NUEVE

Trever usó su cable líquido como cuerda de ascenso. Llegó hasta la cima de la formación de cristal, a duras penas. Qué no daría por un poco de habilidad con la Fuerza, por un pequeño empujón en sus saltos. Porque a este paso, no iba a escapar de esos tipos, y la persecución se había estado alargando demasiado tiempo.

—Al menos no me están disparando.

De repente, un gran trozo de cristal a su lado se fundió con calor blanco y desapareció.

—Uh, retiro eso.

Trever se agachó y saltó sobre la siguiente formación. Le quedaban tres saltos más hasta que se quedase sin formaciones y se encontrase con el vacío. Ahora los cristales que había admirado desde el aire se convirtieron en bordes afilados como agujas que raspaban sus manos y rodillas y hacían imposible que consiguiera mantenerse en pie con firmeza.

Muy por debajo vio el misterioso deslizador cerca del suelo del bosque del cristal, zigzagueando entre formaciones mientras el deslizador imperial intentaba mantener el ritmo. Mientras observaba, el deslizador imperial perdió el control en una curva cerrada y se estrelló contra una rugosa montaña del cristal. El deslizador patinó por el suelo, giró sobre si mismo, y se detuvo.

Trever saltó hasta la siguiente formación, evitando el fuego bláster que resonó e impactó en el lugar donde él había estado un momento antes.

El otro deslizador imperial dio un giro cerrado y volvió hacia él. Él saltó otra vez.

Ahora estaba oficialmente sin espacio. Podría usar su cable líquido otra vez, pero no había ningún sitio al que ir.

Entonces vio al misterioso deslizador ascendiendo. Manióbró directamente debajo de él. La carlinga de la cabina se deslizó hacia atrás.

Era una caída larguísima.

Él saltó.

Aterrizó torpemente, con una pierna fuera del deslizador, pero el piloto hizo un giro brusco hacia estribor con una mano y tiró de él hacia adentro con la otra, presionó el control de la carlinga, y se zambulló, todo esto mientras Trever trataba de coger su respiración.

—Intenta sujetarte —la voz llegó desde el interior del casco. No podía ver la cara del conductor. Los dedos en los controles eran delicados y parecían suaves, pero en diez segundos Trever se dio cuenta de que estaba en manos de un piloto asombroso.

El deslizador se puso al máximo mientras pasaban como un grito alrededor de las formaciones, se deslizaban a través de formas parecidas a ramas, ascendiendo y descendiendo por los cañones. Era como estar en una de las carreras de vainas sobre las que Ferus le había hablado, las altamente ilegales que se llevaban acabo en los planetas del Borde Exterior.

Perdieron al aerodeslizador imperial que los perseguía. El piloto redujo la velocidad, y Trever le pidió a su rápido corazón que hiciese lo mismo.

—Ese fue un paseo galáctico —dijo, casi sin respiración.

El piloto se dirigió hacia un cañón profundo y estrecho, y maniobró el vehículo alrededor de las formaciones de cristal con forma de tronco. Trever vio una nave lisa con un cuerpo rojo y un casco de cromium colocada bajo un saliente. Se detuvieron allí.

Salió, sus piernas seguían temblorosas. El piloto salió de un salto del deslizador y se quitó el casco, sacudiendo su pelo oscuro que le llegaba hasta los hombros. Era una pequeña mujer humana de mediana edad, con penetrantes ojos verdes que hacían juego con los cristales que les rodeaban.

—Eres Flame, ¿verdad? —preguntó Trever.

—¿Quién quiere saberlo?

—Tu contacto —dijo Trever—. Me envía Toma.

Su mirada le recorrió de arriba a abajo, desde sus botas hasta la parte superior de su cabeza. —¿No eres un poco joven?

Molesto, Trever ignoró el comentario. —Soy Trever Flume. Empecé en la resistencia en Bellassa.

Ella abrió una lata de agua y tomó un trago, lanzándole otra a él. —¿Cómo acabaste con Toma?

—Compartimos el mismo escondite. El Imperio ha puesto precio a mi cabeza —Trever intentó que no pareciese que estaba alardeando, sólo contando un hecho. Quiso que esta mujer supiera que él era alguien al que tener en cuenta—. He estado viajando con Ferus Olin.

Ella pareció interesada por primera vez. —He estado intentando encontrar a Ferus Olin. Fue un héroe de la resistencia en Bellassa. Luego desapareció.

—Toma dijo que estabas tratando de coordinar los movimientos de resistencia en los Mundos del Núcleo.

—Es un comienzo. No vamos a llegar a ninguna parte si no estamos organizados —Flame se sentó a horcajadas sobre una formación del cristal que formaba un tipo de banco—. He aprendido algo en mi vida: las grandes fortunas hacen que las cosas ocurran. Si podemos financiar movimientos de resistencia a través de una organización central, podremos hacer progresos. Todo lo que hace falta es riqueza. La riqueza crea oportunidad. Es simple.

—Toma dijo que eras uno de los ciudadanos más ricos de Acherin.

Ella sonrió. —Me hicieron préstamos. Ahora tengo muchos alijos aquí y allá, y estoy buscando a más inversores. No son sólo luchadores por la libertad que odian al Imperio. Hay algunos empresarios muy ricos que temen perder sus negocios. No se pueden vender bienes en una galaxia gobernada por el miedo.

—¿Entonces estás en esto por justicia, o para que puedas crear más riqueza para ti y para tus amigos? —preguntó Trever.

—¿Qué pasa con ambos? Soy una realista, no una soñadora. La mayoría de los seres no son idealistas. La mayoría quiere saber que tiene que ver esto con ellos.

—Hablas mi idioma —dijo Trever con admiración.

—Entonces, ¿puedes ponerme en contacto con Ferus Olin?

—Por eso estoy aquí. Torna pensaba que podríamos ser capaces de ayudarlos a ambos.

Ella lanzó la lata vacía de agua dentro del deslizador. ¿En qué estaba metido? ¿Qué intentaba hacer?

Trever no iba a contarle lo de la base Jedi secreta. —Desde que he estado con él, básicamente ha estado intentando escapar de prisiones imperiales —dijo él—. Tendrás que hacerle a él esa pregunta.

—Tengo otra misión aquí —dijo Flame—. Tengo una idea que puede ayudar a la resistencia. ¿Qué hace que Samaria sea única? Y no me refiero a este lugar —dijo, abarcando con un movimiento de su mano las formaciones de cristal de su alrededor—. Los

droides personales. Todo el mundo los tiene, incluso el consejero imperial. Le dieron uno para agradecerle que salvara la ciudad.

—Él no salvó la ciudad —dijo Trever—. Simplemente se atribuyó el mérito.

—No tiene importancia. Si tiene un droide personal, eso significa que ha estado registrando todos sus movimientos durante los dos últimos días. Escuchando cada conversación. Si pudiésemos poner nuestras manos en ese droide...

—Podríamos descubrir algo.

—Y será una forma de demostrarle a la resistencia que hablo en serio. Sin embargo robarlo no será fácil.

Trever sonrió abiertamente. —Para mí lo será.

CAPÍTULO DIEZ

Pasaron a Ferus con el Emperador inmediatamente. El holograma flotó delante de él, a tamaño real. La capucha de Palpatine estaba echada sobre su cabeza, y Ferus sólo podía ver un rastro de la piel amarillenta y la abertura de su boca.

—He localizado a la resistencia y entregado su mensaje.

—Excelente.

—Considerarán su oferta.

—¿Aceptarán?

Ferus esperaba esa pregunta. Pensaba que la posibilidad era nula, pero tenía que mantener contento a Palpatine y alejado a Vader. —Creo que hay una probabilidad muy pequeña —dijo él—. Están desanimados porque la mayoría de los samarianos no apoyan a la resistencia. Así que se sienten aislados. No tengo la sensación de que haya muchísimos de ellos. No confían en mí, por supuesto.

—Continúa monitoreando la situación. ¿Conseguiste alguna información que sea de ayuda para Lord Vader?

—Sólo un punto de contacto. La tienda de deslizadores usados de la calle Telos. Pero estoy seguro de que ahora lo cambiarán. No se lo he contado, mis órdenes eran informarle a usted primero.

—Yo le informaré. Lo has hecho bien, Ferus Olin.

—A Lord Vader no le gusta que yo le informe a usted —añadió Ferus. Esperaba tantear un poquito a Palpatine.

—Eso no es asunto tuyo.

—Hace difícil el trabajar juntos. Quizá si supiera más acerca de él...

Vio a Palpatine hacer una pausa. Le había interesado. —Así que sientes curiosidad por Lord Vader.

—Todo el mundo tiene curiosidad por Lord Vader.

—Él prefiere el misterio. Es útil. Tú tienes algo más. Eres único. Fuiste adiestrado en la Fuerza, y la rechazaste. Todos los Jedi han sido eliminados, pero la Fuerza permanece. Podrías volver a usarla.

—Estoy un poco oxidado —dijo Ferus. Palpatine pensaba que era corruptible.

—Conseguiste encontrar un sable láser.

—Había montones de armas en venta por ahí después de las Guerras Clon. Conseguí poner mis manos en uno. Allá afuera hay una galaxia peligrosa.

—Podrías tener más poder que cualquier oficial. Más poder —dijo Palpatine con voz áspera—, incluso que el propio Lord Vader.

Aquí estaba. El comienzo.

—No me interesa el poder —dijo Ferus.

—A todo el mundo le interesa el poder —dijo Palpatine—. Pero no todo el mundo tiene la visión para ver lo que puede lograr el auténtico poder.

Ferus apoyó la mano en la empuñadura de su sable láser. Los Jedi no se habían basado en el poder. Habían utilizado la Fuerza para llevar la justicia a la galaxia. Pero en verdad la Fuerza les daba gran poder, y muchos Padawans forcejeaban con ese concepto. Cuando usarla, cuando retirarse, cuando avanzar, cuando acabar con un enemigo, y cuando dejarles marchar. Era una lucha constante. Y lo que no podía admitir ningún Padawan, ni

siquiera a otro, durante la noche en sus jergones, pues incluso un susurro podría atraer al lado oscuro demasiado cerca, el poder te hacía sentir bien.

Ferus había luchado contra ese sentimiento, había negado su existencia, había pensado que lo había conquistado... ¿pero lo había hecho realmente?

Había sacado el tema con Siri, porque Siri era la clase de Maestro con el que podías hablar casi de cualquier cosa. Una de las incontables cosas que echaba de menos de ella era que nada de lo que le preguntara podría posiblemente aturdira o decepcionarla.

Estaban juntos en una de las terrazas del Templo. Siri tenía los pies embotados sobre un banco y yacía en el suelo, sus ojos estaban cerrados. Ferus estaba sentado con las piernas cruzadas (rígido como siempre, pensó ahora) a su lado. Había estado lloviendo en Coruscant durante semanas, y tan pronto como apareció el sol, ella le había arrastrado afuera.

—¿Para una lección? —había preguntado él.

—Para divertirnos —había contestado ella.

Él había esperado, reuniendo coraje. Sólo cuando estuvo seguro de que ella estaba completamente relajada sacó el tema. Tal vez él esperaba que ella estuviese dormida, y así no tendría que sacarlo en absoluto.

—Maestra, he estado pensando en algo —dijo—. Siento que me hago más fuerte en la Fuerza. En esta última misión... cuando peleamos... yo estaba... contento.

Ella abrió un ojo y le miró. —¿Quieres decir, cuando peleamos juntos uno al lado del otro en Meldazar, sentiste placer en cómo podías moverte, en cómo podías acabar con tu enemigo de un golpe?

—Sí —Ferus se sintió avergonzado—. ¿Eso está mal?

—Bueno —se alzó a sí misma sobre sus codos. La luz del sol iluminaba de forma individual alguna hebra de su cabello rubio, el cual había cortado recientemente aun más corto de lo normal.

—Sí —dijo ella—. Está mal emocionarse en una batalla. Está mal sentir placer cuando cae un enemigo. Un Jedi debería sentir arrepentimiento, arrepentirse de haber tomado una vida, lamentar que una batalla física tenga que llevarse a cabo. Pero la Fuerza nos da grandes dones, Ferus. No está mal disfrutar de sus regalos. Disfrutar de tu dominio de las habilidades. Es una lucha para todos Jedi conseguir el equilibrio, algunas veces incluso para los Maestros Jedi. Mira a Mace Windu. Su estilo es la Forma VII. ¿Qué sabes sobre la Forma VII?

—Que sólo los mejores luchadores pueden controlarla.

—Exactamente. Puede acercarte al lado oscuro, a lo que buscan los Sith. Pero Mace Windu puede controlarlo. Mi teoría es que incluso Mace Windu debe admitir este peligro, el del placer en el poder. Esa es la única forma en la que puede descartarlo. En otras palabras, mi perpetuamente preocupado Padawan —Ferus recordaba su sonrisa, la extraña sonrisa que era tierna, no traviesa o burlona— el hecho de que hagas esa pregunta te protege contra esos peligros.

Había sido una típica respuesta Jedi. Si eres consciente de un problema, das el primer paso para eliminarlo. Útil en ese momento, pero eso fue cuando tenía un Templo al que ir, con Maestros Jedi a su alrededor. Todo ese estudio meticuloso, todas esas reglas simples y profundas de la orden, ellos habían respondido a todas sus dudas.

¿Dejar la Orden Jedi fue un alivio en cierta forma porque no tuvo que pensar en eso nunca más?

¿Por qué estaba pensando en eso ahora?

El recuerdo y las preguntas habían tenido lugar en un mero destello de un momento, pero Ferus tuvo miedo de repente. Miedo de que hubiese pasado demasiado tiempo entre la declaración de Palpatine y su respuesta. Miedo de que Palpatine hubiese sabido, de alguna manera, exacta e innegablemente lo que había estado pensando.

—Ésta es una conversación interesante, pero tengo algunas tareas de las que ocuparme —dijo Ferus, tragando. Su boca estaba seca.

—Por supuesto —dijo el Emperador.

El holograma desapareció. Ferus sintió la empuñadura del sable láser bajo sus dedos. Recorrió con las puntas de sus dedos las ranuras desgastadas de la talla. Pensó en Garen Muhl, el gran Maestro Jedi que se lo había dado. Con ese regalo venía cierta responsabilidad, y también una conexión con la forma en la que las cosas solían ser cuando él tenía toda una orden Jedi en la que apoyarse. Antes de que estuviese solo.

Dame tu certeza, Garen, pensó. Dame tu coraje.

CAPÍTULO ONCE

El ejercicio era importante. Bog se bajó del entrenador vibrotónico de todos los músculos y fue despacio hasta la ducha. Se llevaba el entrenador muscular total de un lugar a otro porque sabía la importancia de estar en forma. Despejaba su cabeza. No confiaba en un ser que no cuidase de sí mismo. Nunca estaba demasiado ocupado para su rutina diaria. El exceso de carne le disgustaba. No quería convertirse en un Hutt.

Su comunicador zumbó. La voz de su asistente surgió a través de ello. —Sano Sauro trata de ponerse en contacto con usted.

—Dile que contactaré con él en un momento.

—A él no le gustará eso.

—No —dijo Bog, cogiendo una toalla—, no le gustará.

Sano Sauro. Había sido útil. Todo el mundo pensaba que era el cerebro detrás de Bog. Era cierto que Sauro había sido un instrumento para tramar los movimientos que pondrían a Bog en una posición de influencia, pero Bog estaba cansado de que Sauro pensase que estaba al mando. Y ahora que la gran idea de Sauro, la nave Verdadera Justicia que juzgaba prisioneros políticos en el espacio, había sido secuestrada, él había sido censurado por el Emperador. Un poco de distancia sería una buena idea ahora mismo, hasta que Bog averiguara si Sauro estaba fuera del círculo permanentemente o no.

Mientras tanto, le dejaría sudar.

Los cuarenta y cinco minutos de entrenamiento habían enfocado la mente de Bog, la habían afilado. Todos los pasos que había dado estaban dando sus frutos. El mismo Emperador había venido a Sath, y Bog no creía que estuviese exagerando al decir que eso tenía un poco que ver con él. Estaba teniendo éxito.

Nadie había creído nunca en él. Ni su padre, ni su esposa. Pero él siempre había creído en su destino.

Al pensar en Astri, Bog frunció el ceño involuntariamente. Se había recuperado del hecho de que su esposa ya no le amase hacía mucho tiempo. Él no había esperado amor. Había esperado una asociación. Él era un político; ayudaba tener una esposa bonita. Ella nunca entendió su papel. Bueno, fue culpa suya escoger a una cocinera en un restaurante grasiento como esposa. Le había trastornado la cabeza con sus rizos y sus sonrisas. Su cercanía con los Jedi tampoco había hecho mal en ese momento.

Ahora se había ido. Desaparecida. No parecía correcto que no tuviese contacto con su propio hijo. Encontraría a Lune un día. Cuando fuese dirigente de Samaria tendría muchos más músculos. ¡Y no necesitaría un entrenador vibrotónico de todos los músculos para ejercitarse! Contento con su broma y con los resultados de su entrenamiento, Bog entró en la ducha.

El voto de no confianza sería un paso importante. Él se aseguraría de eso. Pero un poco de seguridad podría no ser una mala idea. Algo para elevarle aún más ante la población para que cuando asumiese el control, la transición fuese muy fácil.

Convertirse en gobernador de Samaria era sólo el primer paso. ¿Por qué no podría controlar todo el sistema Lemurtoo, y seguir desde allí?

Éste era su momento. No necesitaba el consejo de Sauro. No necesitaba el de nadie. Estaba listo para confiar en el suyo. Aprovecha la gran oportunidad.

Se puso su túnica y recogió su comunicador cuando éste sonaba otra vez.

—Sano Sauro está esperando —dijo su asistente.

—Dile que estoy ocupado —dijo Bog. Sonrió, pensando en cómo enfurecería eso a Sauro. Déjale humear.

Bog se colocó el droide personal en el hombro. Qué pequeño dispositivo tan útil que había resultado ser.

Sauro le había enseñado a Bog adecuadamente. Para controlar a una población, uno debe crear un enemigo, algo a lo que teman. Entonces sálvalos. Era tan simple como eso.

CAPÍTULO DOCE

Por ahora, Ferus empujó el pensamiento de quién podría ser Vader hacia el fondo de su mente. Sería imposible descubrirlo. A menos que Vader tuviera algún tipo de desliz verbal o que Ferus lograra encontrar nueva información, no lo descubriría. Podría no saberlo nunca.

¿Qué estaba haciendo allí, de todas formas? Aunque mantuvo sus ojos abiertos, no había descubierto mucho sobre el Imperio. Ferus había contactado con la resistencia, pero todavía no estaba seguro de cómo podría ayudarles.

Había veces en las que sentía que estaba haciendo absolutamente lo correcto por las razones absolutamente correctas. Ésta no era una de esas veces.

Había estado en la resistencia de Bellassa, pero siempre había sido un héroe reluciente. Había luchado brevemente en las Guerras Clon, pero no había sido un gran general como Obi-Wan. No se había adaptado al ejército en absoluto. Había luchado codo con codo con Roan, pero él no había sido como los demás, que se habían unido al ejército buscando aventuras. Él había visto aventuras siendo un Jedi. Había visto muerte, destrucción y avaricia. No tenía ilusiones sobre lo emocionante que eran las grandes batallas. Las grandes batallas eran duras, sangrientas y nunca te quitabas el olor.

Tal vez tampoco era tan bueno siendo un espía. Había esperado descubrir más sobre los planes del Imperio. Había esperado que acercarse a Palpatine y a Vader le ofreciese la oportunidad de descubrir si algún Jedi estaba vivo, o prisionero. Pero podía ver que aunque parecía que tenía la confianza de Palpatine, no le había dado acceso a nada que pudiese ayudarlo. Podía observar todo lo que quisiera, pero lo que podía observar se controlaba cuidadosamente. Estaba seguro que Vader lo controlaba.

¿Le dejarían entrar alguna vez?

La ciudad de Sath funcionaba como reloj; no había protestas o miedos de que el Imperio tomase el control, pero Ferus se sentía intranquilo. Allí no había batallón, y aunque había mantenido los ojos y los oídos abiertos no había encontrado ninguna evidencia de que estaba por los alrededores. Si Bog perdía la votación, Vader necesitaría fuerza bruta.

Lo que todavía no había descubierto era por qué Palpatine había puesto su atención allí, y por qué su ejecutor, Vader, también estaba allí. ¿Estaba pasando algo por alto?

Sólo quería volver a la base secreta y olvidarse de Samaria, pero algo en su interior no le dejaba. No había tenido oportunidad de hablar con Roan, para ver a qué se había dedicado en Bellassa. Quería tener algo de tiempo, sólo unos pocos días, para pasarlo con él. Quería asegurarse de que la base prosperaba, que Raina y Toma tenían lo que necesitaban. Quería reclutar a Clive para que les ayudase. Había cosas que hacer.

Ferus atravesó las calles de la ciudad de Sath. Se detuvo en las Fuentes del Crepúsculo e hizo una pausa para observar el colorido cambio del agua, de verde mar a dorado, de dorado a naranja oscuro, de naranja oscuro a azul marino y vuelta a empezar. Sintió que la tristeza pasaba sobre él pero no pudo determinar la causa. En Samaria, sentía que algo se pegaba a sus pasos, absorbiendo su energía. No eran las condiciones del planeta. ¿Era el hecho de que no podía ver su camino claramente? Siguió hacia adelante, dando un paso tras otro, y ahora se encontraba hombro con hombro con Vader y Palpatine. No estaba descubriendo nada excepto que tenía un poderoso impulso de escapar.

La posibilidad de que Vader fuese un Jedi caído le dejaba helado. ¿Cómo había ocurrido? ¿Cómo había sido corrompido? ¿Qué terrible seducción le atrajo?

—Ferus. Sígueme.

Las palabras fueron en voz baja, dichas por alguien detrás de él. Reconoció el tono suave de Nek. Comenzó a moverse a lo largo de la fuente, sin girarse para mirarla hasta que sintió que estaba despejado. Entonces se abrió paso cómodamente a través de la multitud disfrutando del aire enfriado artificialmente. Siguió sus rizos rojizos y trazó su camino hasta ella mientras ella se detenía cerca de una pared. Ella alzó sus manos y se elevó, entonces se sentó, balanceando las piernas, a unos pocos metros de los otros que habían hecho lo mismo.

Ferus se elevó al lado de ella. Pudo ver inmediatamente por qué había escogido ella este lugar para subirse. Toda la plaza era visible desde allí. Detrás de ellos había otra pared. Otro salto corto les conduciría hasta un pasillo superior con acceso a varias rutas de aerobús y vías públicas principales. Sería relativamente fácil perder el rastro si alguien los perseguía.

Todavía golpeando sus pies casualmente contra la pared, Nek habló con voz preocupada. —Tenemos un problema. Tal vez.

—Cuéntame.

—Hemos estado monitoreando algunas de las actividades de Bog a través de su PD. Tenemos pruebas de soborno.

—Eso es bueno.

—Hay algo más... el droide personal ha sido conectado con dos droides merodeadores roshanos.

—¿No son ilegales en Samaria?

—Sí. Ha debido traerlos de contrabando.

—¿Por qué haría eso?

—Tal vez va a hacer algo y culpar a los roshanos. Eso es lo que tememos.

—¿Qué crees que será?

—No lo sé. Pero nos preguntábamos...

—...si yo podría comprobarlo. ¿Sabes dónde está ahora?

Nek asintió. —Le tenemos en el distrito del gobierno, el ala diplomática de la Torre Residencial. Está reunido con la delegación roshana.

—Esto no puede ser bueno —dijo Ferus—. Me mantendré en contacto.

Ferus saltó a la siguiente pared, entonces corrió ágilmente por el pasillo. Paró un aerotaxi y le dio al conductor la dirección. Le entregó un puñado de créditos. —Si me lleva allí en menos de cinco minutos, tendrá más.

El conductor miró los créditos de su mano. —Le llevaré allí antes de que pueda parpadear, con esos.

El aerotaxi se movió rápidamente a través del tráfico, entrando y saliendo de las vías y realizando algunas maniobras altamente ilegales. El conductor se detuvo orgullosamente en frente de la Torre Residencial en cuatro minutos. Ferus presionó otro fajo de créditos en su mano y salió de un salto.

Pasó su tarjeta imperial de seguridad sobre el sensor y la luz se puso verde. Ferus entró en el turboascensor. Ser un agente doble tenía sus ventajas ocasionalmente. Al menos no tenía que perder el tiempo colándose.

Llegó rápidamente al piso doscientos, un vestíbulo central para el bloque de pisos donde los diplomáticos visitantes se alojaban durante sus estancias en Sath. Salió a un

lujoso espacio. Diez pasillos diferentes salían desde el centro. Ferus se detuvo. Alcanzó la Fuerza. Captó la Fuerza Viva a su alrededor. Después de un momento se giró y se fue corriendo por uno de los pasillos.

Se detuvo delante de una puerta del transpariacero. Afuera había una combinación de plataforma de aterrizaje y sala de reuniones. La sala de reuniones estaba encajada en la misma burbuja de control de clima que coronaba la mayoría de espacios externos en Sath. Bog Divinian estaba sentado en una agrupación informal con la delegación roshana. La típica sonrisa vacía adornaba la cara de Bog, y Ferus observó mientras gesticulaba hacia la ciudad que les rodeaba.

No había pasado nada... todavía.

La ayudante personal de Bog, una joven delgada llamada Nancer, permanecía cerca. Ferus notó que el aerodeslizador de Bog estaba fuera, en la plataforma de aterrizaje. Dos aerodeslizadores imperiales estaban estacionados cerca, cada uno con dos soldados de asalto en el interior. Los guardaespaldas de Bog, se imaginó Ferus.

Ferus abrió la puerta y se deslizó silenciosamente en la sala. Nancer le miró pero volvió su atención hacia Bog. Ella conocía a Ferus como un favorito de Palpatine y no interferiría con él.

—Así que ya ven, aunque me opongo al acuerdo comercial, no me opongo a una alianza con Roshana, de ser elegido... —estaba diciendo Bog.

—Consejero Divinian, deje que seamos francos —dijo el diplomático roshano más mayor. Ferus recordó su nombre: Robbyn Sark—. Usted ha propagado información falsa sobre nosotros entre la gente de Sath. Ahora desconfían de nuestras intenciones.

Bog agitó sus manos en el aire como si estuviera espantando un insecto. —Si tienen algo que ver o no con el sabotaje del ordenador Plataforma-7...

—No —Ferus admiró el tono de Robbyn Sark. El roshano no alzó la voz, pero la autoridad que transmitía tuvo el poder de silenciar incluso a Bog Divinian—. No tuvimos nada que ver con el sabotaje, y usted lo sabe. Estamos solos aquí, Consejero Divinian. Hablemos con honradez.

—Por supuesto —dijo Bog blandamente—. Soy un hombre directo. Siempre lo he sido.

—Usted se opone al acuerdo comercial por sus propias razones. No tienen nada que ver con las buenas relaciones entre los dos planetas. Hablemos de cómo podríamos trabajar juntos. Dijo que quería encontrar un compromiso.

—Por eso estoy aquí —dijo Bog—. Encontremos algún asunto de interés mutuo. Tengo una propuesta para usted. Mi deslizador está allí afuera. Acompañeme en un corto paseo alrededor de Sath. Tengo algunas cosas que mostrarle. Podemos discutir la situación actual en privado.

Bog miró alrededor de la sala de reuniones y se inclinó hacia adelante. —Nunca puedes confiar en salas de reuniones donde haya diplomáticos —murmuró—. Podemos hablar libremente en mi deslizador.

Robbyn Sark miró a los otros cuatro roshanos. Una señal pasó entre ellos. Sus delicadas antenas, que parecían más diminutos cabellos, ondearon suavemente.

—Muy bien —estuvo de acuerdo Robbyn Sark.

Ferus avanzó, todavía inseguro de lo que pretendía Bog. Fue detrás de los otros mientras salían a la plataforma de aterrizaje. Como todas las plataformas de Sath, estaba acondicionada con aire frío desde el suelo y desde arriba y también se usaba agua vaporizada para refrescar el aire.

Aun así, ante ellos los edificios de Sath parecían estremecerse en el calor, sus contornos ondulaban y parecían borrosos. El sol estaba bajo en el cielo, en el ángulo exacto para reflejarse en las miles de ventanas y en las delgadas pieles metálicas de los edificios. Eso le deslumbraba y le desorientaba. A Ferus le llevó un momento darse cuenta de que el destello de luz por encima de él no era una reflexión, sino un aerodeslizador en movimiento, llegando hasta ellos en un ángulo directo y sin disminuir la velocidad para aterrizar. Al mismo tiempo, algo más captó su atención, al principio pensó que eran desechos en el aire. Las motas se movían erráticamente, como si las moviera la brisa. Pero no había brisa.

Sus droides están entre los más pequeños de la galaxia con los sistemas más sofisticados.

Droides roshanos.

Bog no parecía advertir su presencia. Colocó adecuadamente el PD sobre su hombro mientras gesticulaba de forma grandilocuente hacia su lujoso aerodeslizador, diciéndole algo a Robbyn Sark que Ferus no escuchó.

— ¡Cuidado! —gritó Ferus, pero era demasiado tarde. El aerodeslizador plateado se acercó bajo y rápido. Entonces para asombro de Ferus, los motores se detuvieron totalmente. Vio una figura vestida de negro, encapuchada levemente, tumbada sobre el casco. Un cable líquido serpenteó hacia abajo y se enrolló alrededor del droide personal de Bog. Tiraron de él hacia arriba.

Ferus vio la cara asustada de Bog mientras éste se tiraba al suelo. Los motores rugieron otra vez al máximo. Ferus ya estaba en movimiento, corriendo hacia el aerodeslizador más cercano de la plataforma.

Mientras tanto, los soldados de asalto habían reaccionado finalmente y disparaban sin parar al deslizador que escapaba. Bog cubrió su cabeza. Los dos droides roshanos giraron y fueron tras él.

Ferus hizo los cálculos rápidamente incluso mientras aceleraba el deslizador. Alguien había robado a droide personal de Bog, y no era la resistencia. No tuvieron razón para hacerlo. Tenían todas las razones para querer que Bog conservase el droide. Sabían lo que estaba en juego. La prueba de los sobornos de Bog estaba registrada en su programación. Ferus tenía que recuperar el droide.

El aerodeslizador plateado se dirigía directamente hacia los altos edificios aglomerados de Sath. A los soldados de asalto de detrás de él no parecía importarles si Ferus se veía atrapado en medio. Virando para evitar el fuego tras él, Ferus ascendió hasta una vía de tránsito superior. Con algo de suerte el ladrón sólo advertiría que le perseguían los soldados de asalto, no él.

Aumentó su velocidad, tratando de mantener a la vista el deslizador plateado debajo de él pero no atraer la atención. Vio a los droides roshanos rastreando, enviando ocasionalmente un delgado rayo de energía hacia el deslizador que parecía tan preciso que Ferus siempre se sorprendía cuando fallaban.

Rugiendo a través de los cielos sathanos, Ferus invocó a la Fuerza para que le ayudase a maniobrar. Ascendió justo a tiempo para evitar estrellarse contra un aerobús. El resplandor de los reflejos relampagueantes, el zumbido de los droides roshanos, y el tráfico de su alrededor y debajo de él le mantenían ocupado.

Quienquiera que estuviese pilotando el deslizador seguro que sabía cómo volar. Ferus ascendió a gran altura por encima del deslizador, rastreándolo a través de las vías espaciales. Un droide envió un arco de fuego láser hacia él, pero el deslizador lo esquivó,

voló boca abajo, y subió vertiginosamente hacia una abertura en el tráfico superior. Ferus tuvo que admirar la habilidad del piloto.

¿Quién era? Si no era la resistencia, ¿quién podía ser?

CAPÍTULO TRECE

—Creo que puedes ir más despacio —dijo Trever a través de sus dientes apretados—. Los soldados de asalto se han quedado atrás.

—No vas más despacio hasta que estés a salvo en casa —dijo Flame—. No van a rendirse. Sólo tratan de hacerme pensar que se rinden. Sería mejor que te dejara caer en alguna parte con el droide. Podemos encontrarnos más tarde. Puedes despistar a los deslizadores más fácilmente si vas a pie.

—¿Dejarme caer? —preguntó Trever mientras Flame ponía el vehículo de lado para pasar entre dos edificios—. No me gusta cómo suena eso.

—No te preocupes —rió Flame—. Te bajaré de una pieza —ella le lanzó una mirada de admiración—. Me gusta tu estilo, chico. Robaste ese droide como un profesional.

—Soy un profesional —dijo Trever—. Quiero decir que podría haber hecho un poco de, uh, levantamiento de bienes no autorizado en Bellassa —se echó hacia atrás mientras Flame aceleraba en un túnel, pegándose a la parte superior para mantenerse en las sombras. Trever sintió como si la parte superior de su cabeza fuese a chocar contra la pared del túnel.

—Es gracioso cómo las habilidades como esa vienen bien en la resistencia —dijo Flame. Tan pronto como salieron del túnel, ella descendió rápidamente vías espaciales—. Conseguí la mayor parte de mis habilidades de piloto evitando controles de tráfico aéreo.

Trever observó mientras ella volaba y escaneaba los edificios de su alrededor al mismo tiempo. Él miró hacia atrás. Los droides todavía les seguían, pero ya no podía ver a los soldados de asalto.

—Ésta es nuestra oportunidad —murmuró ella—. Los droides me seguirán, muy probablemente. Voy a descender en uno de los patios. Vas a tener que saltar. Luego empieza a correr. Contactaré contigo en tu comunicador cuando crea que es seguro.

—De acuerdo —Trever se encorvó en su asiento, con el droide de Bog en su hombro.

El aerodeslizador descendió tan rápidamente que Trever sintió que se había dejado el estómago en la vía espacial. Pero no había tiempo para marearse. La tierra surgió amenazadoramente ante él. La carlinga de la cabina se deslizó hacia atrás, y el viento sopló en su cara. Bajó la cubierta de su casco.

—Si alguien te sigue, dispara —dijo Flame, lanzándole un bláster—. ¡Ahora salta!

Ferus voló, aprovechando oportunidad tras oportunidad. Con la ayuda de la Fuerza, estaba encontrando huecos en el tráfico donde colarse que no existían fracciones de segundo antes. El deslizador de abajo había despistado a los soldados de asalto, ¿pero por cuánto tiempo?

Como respuesta, vio aparecer de repente a los soldados de asalto, saliendo precipitadamente de un túnel en el que el deslizador había desaparecido. Repentinamente el deslizador plateado de abajo cambió de dirección y entró en un picado. Los deslizadores de los soldados de asalto lo sobrepasaron, intentaron dar media vuelta, e hicieron un torpe giro que casi envía a uno de ellos contra un aerobús mientras el otro impactó con un edificio. Un tremendo embotellamiento de tráfico aéreo atrapó instantáneamente a todo el mundo en el sitio.

Ferus meramente puso la marcha atrás y retrocedió, maldiciendo mientras miraba sobre su hombro y trataba de calcular las distancias entre vehículos y cambiaba de una vía

espacial a otra. Vio el descender al deslizador plateado en un patio mientras los droides lo sobrepasaban, a causa del rápido descenso del deslizador.

Ferus realizó un giro brusco hacia la derecha y flotó sobre una plataforma de aterrizaje a veinte pisos por encima, monitorizando el último descenso del deslizador plateado. Alguien saltó y el deslizador despegó mientras el ladrón desaparecía bajo alguna clase de instalación de estacionamiento. Ferus estacionó su propio vehículo y salió de un salto en un movimiento limpio, entonces dio un salto de Fuerza de veinte pisos hasta el patio inferior.

No sabía si el ladrón era hombre o mujer; sólo sabía que quienquiera que fuese era ligero y podía correr deprisa. Apenas había echado un vistazo antes de que el ladrón desapareciese en el hangar del aparcamiento.

Escuchó pasos que corrían sobre el permacreto y salió disparando, culebreando entre los deslizadores aparcados, listo para activar su sable láser. Saltó sobre un deslizador, y el fuego láser se dirigió hacia él. Alzó su sable láser para devolverlo pero se detuvo.

— ¡Ferus! ¡No!

En una fracción de segundo de increíble control del tiempo, Ferus consiguió detener su movimiento y dar un salto mortal alejándose de los rayos láser. Saltó sobre el último deslizador y bajó al suelo.

— ¿Trever?

Trever se levantó lentamente, su cabeza apareció detrás de la carlinga de una cabina. —Ya sabes, eres muy bueno con esa cosa. Alguien podría resultar muerto.

— ¿Qué estás haciendo? —preguntó Ferus furiosamente. Sus manos se estremecían. Había estado a punto de devolver el fuego hacia Trever. Apartó la imagen del niño yaciendo en el suelo, sin vida, de su mente. Admite el error, y sigue adelante.

O, como Siri solía decir, siempre hay tiempo para reprochártelo más tarde.

Saltó hacia adelante y tiró del brazo de Trever, llevándole hasta la relativa seguridad de las sombras cerca de los grandes pilares que sostenían el tejado del hangar.

—Estoy ayudando a la resistencia —dijo Trever, retirando la mano de Ferus con una sacudida.

—No lo creo. ¿Quién conducía ese deslizador?

—Flame. Toma estaba en contacto con ella.

— ¿Quién es Flame? —Ferus cogió el droide—. En realidad, ahora no tengo tiempo para esto, tengo que devolverle esto a Bog.

— ¿Vas a devolvérselo? ¿Tienes idea de lo duro que fue conseguirlo?

— ¿Qué estás haciendo aquí, de todas formas?

—Ayudándote.

—Tengo noticias para ti —Ferus colocó en el droide debajo del brazo—. No estás ayudando.

— ¡Cuidado! —De repente, Trever se tiró hacia Ferus, lanzándole por los aires. Al mismo tiempo, Ferus vio que los droides se dirigían rápidamente hacia él.

CAPÍTULO CATORCE

Ferus empujó a Trever bajo un pesado deslizador y se puso en pie rápidamente, agarrando firmemente el droide de Bog con una mano y su sable láser con la otra. Los droides le siguieron.

¿Por qué a él y no a Trever? Había asumido que habían fijado el blanco en Trever al principio. Sus rayos exactos habían sido apuntados hacia el deslizador que huía. Había estado seguro de que le habían impactado varias veces...

Espera un momento.

Ferus volvió hacia atrás, saltando sobre el techo de un deslizador. Los rayos rojos de energía láser salieron disparados hacia él. En lugar de desviarlos, se quedó inmóvil.

— ¡Ferus! —gritó Trever.

Los rayos pasaron por encima de él inofensivamente. Tal como había sospechado.

Ferus puso el droide de Bog en lo alto del deslizador y bajó de un salto. Los droides dieron la vuelta y regresaron. Esta vez cuando se acercaron, él saltó y los atrapó fácilmente, uno en cada mano. —Vaya —dijo Trever.

Ferus se sentó, girando los droides en sus manos. Comprobó los indicadores de los sistemas de armamento. Trever se acercó con curiosidad. — ¿Qué estás haciendo?

—Ese fuego láser era inofensivo. No había carga. Sólo me pregunto por qué.

— ¿Tuvimos suerte?

—Y estaban fijados sobre el droide personal de Bog —Ferus recordó el momento en la plataforma de aterrizaje cuando Trever había robado el droide de Bog. Los droides roshanos ya se habían estado moviendo hacia él. Habían estado fijados sobre el droide de Bog. ¿Para qué? ¿Una demostración?

Ferus se levantó, guardando lo dos droides roshanos en su bolsillo. —Vamos. Tenemos que volver.

Un poco descontento, Trever le siguió sin una palabra. Rápidamente encontró el turboascensor hacia la plataforma de aterrizaje superior. Ferus se montó en el asiento del piloto y señaló un espacio de carga en la parte trasera. —Vas a tener que esconderte ahí dentro —mientras Trever comenzaba a protestar, Ferus le interrumpió—. Simplemente hazlo. Y no digas ni una sola palabra. Te lo explicaré más tarde.

Encendió los motores y se elevó hacia las vías de tránsito. Vio aerodeslizadores patrullando con tropas de asalto, y ahora algunos montados en motos deslizadoras, llenando las vías espaciales, buscando el vehículo plateado. Ferus los evitó y entró en una corriente de tráfico de vuelta hacia la Torre Residencial. Toda la aventura había llevado menos de diez minutos.

Llegó despacio, dejándole a Bog tiempo de sobra para que le identificara. Las tropas de asalto acordonaban la plataforma, con los rifles láser preparados.

—Guau. Tal vez sería mejor que reconsiderases este acercamiento...—murmuró Trever, mirando a hurtadillas desde el compartimiento de carga.

— ¡Agáchate! Todo va bien, creen que soy de ellos, ¿recuerdas?

Mientras Ferus hacía descender el vehículo, vio que Bog se había retirado hasta la sala de reuniones otra vez. La delegación roshana se había ido. Bog estaba hablando con un pequeño sathano que Ferus reconoció como el oficial principal de comunicaciones. Otros

cuantos sathanos estaban en la sala. Ferus trató de vislumbrarlos a través del reflejo del transpariacero. Parecían... ¿reporteros?

Salió, sujetando el droide. Bog le vio desde el interior. Les dijo a los otros algunas palabras rápidas y salió, apresurándose hacia Ferus.

Ferus le dio el droide.

—Lo has traído de vuelta —los ojos de Bog se estrecharon—. ¿Quién lo robó?

—Sólo un típico ladrón callejero, buscando algo que vender en el mercado negro.

—¿Está detenida la rata womp? Me gustaría freírla para el desayuno.

Un chirrido llegó desde el deslizador. Afortunadamente, Bog no lo oyó.

—No —dijo Ferus—. Dejé caer el droide, yo lo cogí, y regresé hasta aquí. Supongo que se dio cuenta de que era una idea estúpida.

—¿Tuviste algún problema... volviendo hasta aquí?

—No.

¿Fue eso un destello de alivio en la cara de Bog? Colocó al droide de nuevo en su hombro. —Pensé que venir aquí para hablar con la delegación cambiaría algo. Salvaría la brecha —negó con la cabeza—. Nunca esperé que tuvieran el valor de intentar asesinarme.

—¿Qué?

Bog se inclinó hacia adelante. —Esos droides... en el aire. Realizamos una comprobación de seguridad sobre ellos durante el ataque. Eran roshanos. Hubo rayos láser surgiendo de ellos, directamente hacia mí. Afortunadamente, tengo buenos reflejos.

—Los droides no le dispararon. Ese fuego láser era de los soldados de asalto. ¡Apuntaban al ladrón!

Bog le miró ceñudamente. —No podías saber eso.

—Estaba a pocos metros —dijo Ferus—. Los disparos procedían de los soldados de asalto. Disparaban al deslizador.

Tenía los droides roshanos en su bolsillo. Pero no probarían nada. Entregarlos ahora sólo confirmaría su existencia y daría más credibilidad a la mentira de Bog.

Pero ahora Ferus lo entendía. Todo esto era una táctica para que Bog ganase simpatías. Había sido todo cosa de Bog. Él había establecido la situación. Los droides roshanos habían sido programados para disparar a su droide. Fue a causa de la mala suerte de Trever que fue a robar el droide de Bog al mismo tiempo. Pero Bog había vuelto el incidente a su favor. Afirmaría que el ladrón era parte del complot roshano.

Ferus estaba atrapado. No podría exponer a Bog sin exponer a Trever.

Bog se inclinó hacia él, sus ojos eran rendijas. Ferus se encontró observando una mirada vacía de inteligencia pero llena de amenaza. Ferus no se intimidó, pero vio que si interfería con lo que Bog estaba planeando, el político no se lo tomaría a la ligera.

—Ya que no hay forma de que lo hayas visto realmente, espero que guardes tus equivocadas impresiones para ti mismo —dijo—. ¿Crees que porque el Emperador te ha dado amnistía no puede revocar esa orden en cualquier momento? El Emperador vino a mi planeta, a mi ceremonia. ¿A quién crees que va a creer?

—¿Tú planeta? —dijo Ferus—. ¿Desde cuándo?

—Simplemente no te interpongas en mi camino. —le advirtió Bog.

Ferus observó como se marchaba Bog dando media vuelta, con el droide todavía en su hombro. Volvió a la sala de reuniones mientras los reporteros se apiñaban acercándose.

Estaba a punto de tejer la historia para toda Samaria.

Ferus tenía un mal presentimiento. Un presentimiento muy malo.

Bog sobrevaloraba su propia importancia. Era simplemente una herramienta para el Emperador.

Al igual que Ferus.

Atrapado.

Esta vez, Ferus firmó la salida del deslizador, el cual estaba registrado en la Torre Residencial. Trever se escondió en la parte trasera hasta que estuvieron lo suficientemente alejados. Ferus se detuvo en las Fuentes del Crepúsculo.

Trever bajó de un salto, con una mirada de disgusto en su cara. —No puedo creer que devolvieras el droide. Pasé por un montón de problemas para robarlo.

—Fue una idea estúpida. Si quieres ayudar a la resistencia, simplemente no te entrometas sin avisar. ¡Contacta primero con ellos!

—Flame pensó que no la tomarían en serio si no realizaba algún tipo de misión primero...

—¿Quién es Flame? —le interrumpió Ferus.

—Ya te lo dije, un contacto de Toma —ahora el chico parecía malhumorado—. Tenía un trineo gravitatorio lleno de riquezas en Acherin, fábricas, negocios y todo eso, pero tuvo un problema. Dijo no al Imperio, así que la echaron del planeta. Pero fue capaz de sacar la mayor parte de su riqueza antes de eso. La invirtió toda en este grupo que está creando llamado Golpe lunar. Tiene la idea de financiar todos los grupos de resistencia en los planetas del Núcleo. Y está poniendo su propia riqueza y su propia seguridad en juego. Además es un piloto impresionante. Es galáctica.

—¿Así que Toma preparó esta reunión? ¿Él te envió? —Ferus conocía perfectamente a Trever a estas alturas. Vio la mentira comenzando a formarse en la cara del chico—. Toma no te envió. Viniste por tu cuenta.

—Bueno, ni siquiera iban a considerarme. Pero era demasiado peligroso para cualquiera de ellos. Así que yo, yo...

—Tu...

—Cogí la nave —refunfuñó Trever—. Y vine aquí.

—¿Les dejaste sin una nave?

—¿Y qué? ¡No tenían una antes!

—¿Dónde está la nave ahora?

—En el Bosque de Cristal.

—De acuerdo. Tan pronto como acabemos aquí, quiero que regreses allí, cojas la nave, y vuelvas a la base.

—Sí señor, General Ferus-Wan, señor —dijo Trever—. Excepto por una cosa. Ya no hay nave.

Ferus cerró los ojos. —¿No hay nave?

—Creo que la estrellé.

Ferus no quería creerlo, pero podía hacerlo. —¿Alguien te vio?

—Sólo un par de soldados de asalto. Pero escapé en el deslizador de Flame. Fue un paseo increíble, déjame decirte. Y esta idea de la financiación central de grupos de resistencia, tiene que poner en marcha todos estos planes, y encontrar otros inversores... tenemos que ponerla en contacto con la resistencia local para que puedan unirse a Golpe lunar.

—No voy a llevarla con la resistencia.

—¿Por qué no?

—Trever, podría ser cualquier persona.

— ¡Pero Toma la conoce!

—Lo que me dijiste fue que ella contactó con Toma. Él tampoco sabe si ella es quien dice ser. No puedo poner en peligro a la resistencia llevándoles a un desconocido.

— ¡Ella no es un desconocido!

—Les llevaré su mensaje, eso es todo —Ferus miró a Trever cuidadosamente—. ¿Le dijiste algo sobre la base secreta?

— ¡Claro que no! Jamás haría eso, no soy completamente estúpido. Pero creo que podría ayudar. Necesitamos más suministros allí. Toma y Raina lo han estado pasando mal. Ella podría financiar la base, financiar tu búsqueda. Ésta podría ser nuestra oportunidad para construir algo realmente, no sólo una base para un par de Jedi.

Ferus sacudió la cabeza a lo largo del discurso de Trever. —Si la base debe tener éxito, tiene que ser pequeña. Y cuantas menos personas sepan de ella, mejor. Incluso si Flame resulta ser quien dice, no quiero conectar la base con un movimiento de resistencia que se extienda por toda la galaxia, todavía no, de cualquier manera.

—Pero esa es la única forma de que derrotemos al Imperio.

—Lo sé. Pero moverse prematuramente podría ponernos a todos en peligro. Creé la base para reunir Jedi. Punto. Si nos volvemos demasiado ambiciosos, podríamos arriesgarlo todo. La base debe seguir siendo un secreto.

—Has cogido alguna extraña y loca obsesión Jedi, ese es tu problema —se quejó Trever—. Te expulsaron, así que ahora tienes que demostrar que vales o algo.

—No me expulsaron —dijo Ferus—. Me marché. Y esta búsqueda no tiene nada que ver conmigo. Tiene que ver con salvar cualquier cosa que pueda quedar —Ferus luchó con su propia molestia por lo que había dicho el chico—. Una alianza de grupos de resistencia es necesaria, estoy de acuerdo. Pero estoy empezando a comprender esto: Al final, sólo la Fuerza derrotará al Emperador.

Obi-Wan había intentado contarle todo eso. Él no había estado listo para escucharlo. Se acordó de Obi-Wan ahora, en exilio auto impuesto en Tatooine. Lo más difícil, había dicho Obi-Wan, es esperar.

¿Qué estaba esperando Obi-Wan? Ferus había pensado que tenía que ver con esperar en abstracto. Esperar suerte, esperar una oportunidad, esperar a que la galaxia empezara a alzarse. Ahora se dio cuenta de algo: Obi-Wan estaba esperando algo específico. Ferus no sabía el qué. No se suponía que tuviese que saberlo. Obi-Wan no podía decírselo. Pero de alguna manera, Obi-Wan tenía esperanza.

—Mira, he visto la Fuerza en funcionamiento —dijo Trever—. Sé que es completamente asombrosa y todo eso. Pero no lo es todo. Es simplemente una parte de lo que puede hacerlos caer. No estás dándole una oportunidad a Flame.

—Le daré una oportunidad —dijo Ferus—. Pero no con la base. Llevaré su mensaje a la resistencia.

—Llévame contigo.

—No. Ya sabes cómo funciona una resistencia. Una resistencia sólo puede funcionar si el menor número de personas posible conoce quién está en el grupo.

—No confías en mí.

—Por supuesto que confío en ti. Pero ésta es la mejor manera, Trever. Ahora déjame pensar cómo conseguirte otra nave. Vas a tener que salir del planeta. Podría haber un bloqueo imperial del tráfico aéreo muy pronto. Tuviste suerte de que no te desintegraran en el cielo.

— ¿Eras así cuando eras un Padawan Jedi? No es extraño que no le gustases a nadie —exclamó Trever de repente.

Ferus se detuvo de repente mientras las palabras de Trever le golpeaban en la cara. Permaneció en silencio un momento mientras el significado penetraba en él.

Cuanto más quería controlar esto, más difícil le resultaba. Tenía que dejar de infravalorar a Trever. Le trataba como a un niño, y no lo era. Siri lo habría sabido. Obi-Wan lo habría sabido. Trever había pasado por muchas cosas. Había hecho muchas cosas. Era capaz de muchas más.

—Sí —admitió Ferus—. Tienes razón. Así era —entonces suspiró—. De acuerdo, contactaré con la resistencia. Les hablaré de ti. Éste es un lugar de encuentro, aquí mismo. Te encontrarán. Podrás contarles la historia de Flame a tu manera, y ellos podrán decidir si se reúnen con ella. ¿Te parece justo?

—Me parece justo —dijo Trever, pero su mandíbula todavía estaba tensa.

El comunicador de Ferus sonó. Él lo miró. Querían que volviese al cuartel general imperial. Odiaba dejar las cosas así con Trever.

—Tengo que ir —dijo él.

—Oh, ¿te está llamando el Emperador? —preguntó Trever en un tono mordaz—. ¿Listo para cumplir sus órdenes?

—Ya sabes por qué estoy haciendo esto —dijo Ferus.

Trever le miró, su expresión se nubló con su desilusión. —Realmente no. Sin embargo sé esto: Si te acercas tanto al mal, este puede pegarse a ti.

Ferus se alejó, yendo hacia el deslizador. No tenía respuesta para Trever.

Porque en lo profundo de su corazón, sospechaba que Trever tenía razón.

CAPÍTULO QUINCE

Darth Vader quería evitar esta discusión en particular con su Maestro, pero no podía hacerlo. Palpatine apareció en forma de holograma, sus manos metidas en los bolsillos de su túnica.

—Recibí un informe que decía que hubo un intento de asesinato sobre Divinian. —comenzó el Emperador.

—Dudoso —contestó Vader—. Yo he recibido informes contradictorios. Divinian quiere ser un héroe y está culpando a los roshanos.

—Empiezo a estar impresionado por nuestro Bog.

La voz de Vader permaneció fría. —Quiere gobernar Samaria. Quiere poder auténtico.

—Su droide personal fue recuperado por Ferus Olin.

—Le he pedido un informe completo —dijo Vader.

—Tus soldados de asalto fueron detrás del ladrón, pero fue Ferus Olin el que tuvo éxito.

Por eso era exactamente por lo que no quería tener esa conversación.

Vader decidió cambiar de tema. —También se divisaron droides roshanos. Creo que fueron puestos allí por Divinian.

—Interesante —El Emperador se rió suavemente para sí mismo.

—Con el intento de asesinato, su apoyo es mayor que nunca. Los sathanos pensarán que Larker es idiota por confiar en los roshanos.

—Una buena señal.

—¿Entonces mi presencia aquí ya no es requerida?

—Espera y asegúrate de que Divinian es elegido. Quiero a un gobernador imperial en cada ciudad capital.

—Divinian será elegido, justo como planeó, Maestro.

Palpatine continuó —Entre tanto... el poder de Ferus Olin aumenta. Siento una gran... incertidumbre en él.

—¿Se unirá a nosotros?

Palpatine sonrió. —Se convertirá en uno de nosotros.

El holograma de su Maestro se desvaneció. Darth Vader no se movió.

No. Ferus Olin no.

Era hora de deshacerse de él.

Olin era un recordatorio de su pasado. Su pasado estaba muerto. Olin debe ser el siguiente.

CAPÍTULO DIECISEIS

Ferus apareció en la oficina de Darth Vader. —A su servicio.

—Tengo un trabajo para ti —dijo Vader.

—Recibo órdenes del Emperador.

—El Emperador me lo ha ordenado. Puedes consultárselo si quieres —Vader dio por supuesto que Ferus decidiría no hacerlo. Y aun que lo hiciese, su Maestro le había dicho que ayudase a Bog Divinian antes de la votación. Siempre podría afirmar que esa era su intención.

—¿Cuál es el trabajo?

—Encuentra al ladrón que robó el droide personal de Bog Divinian. —Vader disfrutó la mirada de sorpresa en la cara de Ferus Olin.

—Pero el droide ha sido devuelto...

—El ladrón estuvo involucrado en el intento de asesinato.

—No hubo intento de asesinato —dijo Ferus con impaciencia—. Bog lo preparó para que él pareciese un héroe.

—Razón de más para encontrar al ladrón. Si parece que alguien puede denunciar a Divinian, eso podría influenciar la votación.

—No puedo encontrarle otra vez, no vi mucho.

—Estoy seguro de que podrás. Si fallas, ordenaré arrestos en masa. Un batallón orbitando alrededor de Lemurtoo espera mi orden para invadir.

Allí. Por fin. Ferus Olin parecía intranquilo.

—Creo que eso es una mala idea...

—No me interesa tu opinión, Ferus Olin —dijo Vader.

Ferus dio media vuelta y se marchó.

Vader le había amenazado y había conseguido su cooperación.

Una pequeña victoria. Pero suficientemente sabrosa como para saborearla.

Ferus se detuvo en el pasillo detrás de la puerta. No podía delatar a Trever, por supuesto. Pero no tenía duda de que Vader llevaría a cabo su amenaza. Mientras tanto, sólo quedaban unas pocas horas antes de la votación de no confianza en el pabellón de los ministros. Era hora de que la resistencia se movilizase y expusiera a Bog.

Como mínimo, serviría de distracción.

Mientras permanecía allí, sus latidos se aceleraron. Algo era diferente. Escuchó cuidadosamente. Normalmente los sonidos del cuartel general eran amortiguados e indistintos. Pero podía oír voces y ruido de pasos. No era como si el lugar cobrara vida... Era simplemente más actividad de la habitual.

Vio a un joven oficial de mirada nerviosa dirigiéndose pasillo abajo. Ferus fingió pasarle de largo, entonces dio media vuelta. El oficial estaba hablando con un comunicador.

Ferus se mantuvo detrás de él, pero usó la Fuerza. Desechó todos los otros ruidos y se concentró en esa voz.

—Las tropas se han movilizado y están listas para seguir sus órdenes. Sí, señor. A la guarnición se le ha dado la Orden Treinta y Siete. La delegación está haciendo planes para marcharse, pero todavía están alojados en la torre.

Treinta y Siete. Ferus conocía esa directiva de sus días en Bellassa. Significaba que se habían planeado arrestos en masa.

Ferus volvió a darse la vuelta y se dirigió hacia la salida con el corazón desbocado. Vader le había mentido. Ya le había dado una orden a su batallón. Estaban a la espera. ¿Pero quién era el objetivo?

Ferus no tenía dudas de que la delegación roshana sería la primera.

Encontró a Dinko, a Nek, y a Firefolk hablando con Trever y Flame en la cantina. Ferus se sentó a la mesa. Hizo una inclinación de cabeza a Flame. Si la resistencia la había incluido, él también tendría que hacerlo.

—He oído hablar mucho de ti —le dijo ella.

—Tengo noticias —dijo él—. El batallón imperial está en alerta.

— ¿Para qué? —preguntó Dinko— ¿Una invasión?

—Mi suposición es que están de reserva por si Bog no es elegido. Cualquiera que proteste se encontrará en una prisión imperial.

—Está ocurriendo —dijo Nek—. Lo que temimos durante tanto tiempo.

— ¿Hay algo que podamos hacer para detener esto? —preguntó Flame.

Ferus frunció el ceño. —Estamos pasando algo por alto. ¿Qué tiene el Imperio contra Rosha? ¿Por qué quieren detener el acuerdo comercial? Están dispuestos a invadir un planeta que ni siquiera les es hostil.

—Hemos tenido una rivalidad con Rosha, pero últimamente nos hemos dado cuenta de que podemos beneficiarnos los unos de los otros —dijo Dinko—. Antes de que Bog empezara a propagar mentiras acerca de Rosha, la diplomacia estaba funcionando.

Ferus sacó los dos droides roshanos y los puso sobre la mesa. Firefolk se inclinó con interés. —Realmente nunca he visto estos —dijo—. Es ilegal importarlos —Firefolk comenzó a jugar con uno de los droides, retirando su panel de control—. Soy diseñador de sistemas. Ésta es una tecnología completamente nueva de la que aprender.

Ferus se inclinó hacia él. —Larker me dijo que los roshanos eran expertos en microtecnología.

Firefolk asintió, todavía examinando el droide. —Parte de nuestra rivalidad, por supuesto, se basa en el miedo. Miedo de que sus droides pudiesen invadir nuestros sistemas —Dejó escapar un silbido bajo—. Mirad esto. Un microchip receptor universal. Y un conector sensorial a distancia... con un rango asombroso. Oí un rumor de que habían desarrollado estas cosas, pero...

— ¿Qué es eso?

—Pueden transferir información desde cualquier computadora central sin una conexión física. Éste es un sistema de entrega asombroso. Pueden hacerlo desde largas distancias, desde el aire —Firefolk sacó su datapad y comenzó a ejecutar pruebas en el droide—. Tiene un sistema directo de conexión entre los fotorreceptores y los sensores de movimiento, así que supongo que ésta es la forma en la que el droide puede leer la programación de otro droide... por lo que puede evitar la colisión, digamos, o la duplicación. Todo en menos de un segundo. En un mundo con un uso tan grande de droides como Rosha, sería una necesidad. Sus droides vuelan, los nuestros sólo revolotean. Así que en menos de un segundo, pueden conseguir lo que necesitan saber, el camino de otro droide, por ejemplo, por lo que pueden hacer un contraataque. He visto versiones de esto, pero este está mucho más allá. Técnicamente, es altamente sofisticado.

—Espera un momento —dijo Ferus—. ¿Quieres decir que leen la programación de otro droide y la analizan?

Firefolk miró a su datapad, el cual estaba interactuando ahora con el droide. —No la leen, la duplican, la transfieren a su propio sistema, analizan lo que necesitan, y luego la desechan.

—¿Entonces no pueden robarla?

—Ya veo a dónde quieres llegar —dijo Firefolk—. Realmente no. Tiene que ser desechada. Un droide de este tamaño no tiene ni de lejos la capacidad para guardar tanta información. Puede recibirla, pero sólo puede procesar una pequeña cantidad. Si el droide conservase toda esa información, se sobrecargaría y se autodestruiría.

Ferus sintió una excitación que se elevaba desde sus botas. —Pero aquí en Sath, sois pioneros en la entrega de inmensas cantidades de información desde un BRT hasta un droide personal.

—Sí, se carga desde ordenadores centrales que tenemos en casa, o en los negocios que frecuentamos. Y tenemos lo que llamamos pasillos de seguridad para evitar sobrecargar al droide —explicó Dinko.

—¿Qué pasaría si la tecnología de ambos droides se uniese? —preguntó Ferus. Se volvió hacia los otros con excitación—. El droide roshano tiene la habilidad de obtener información de otros droides. El droide samariano tiene la habilidad de conectarse con un vasto sistema BRT. ¿Qué pasaría si construyeseis un superdroide que pudiese obtener enormes cantidades de información sin una conexión física? ¿Qué pasaría si el droide pudiese reorganizar la información y entonces enviarla a un segundo droide?

Firefolk se quedó quieto un minuto, pensando. —¿Quieres decir pasar información aleatoria de un BRT a otro droide? Tendría que ser súper rápido. Es posible en teoría... pero eso significa que se devolvería una inmensa cantidad de información.

Dinko dejó escapar una exhalación. —Si unimos nuestro software de sistemas BRT con su software de sistemas de droides...

Nek se inclinó hacia adelante. —...pero usando el hardware de nuestros PDs... apuntamos a cualquier droide y pasamos una gran cantidad de información...

—...el droide objetivo se sobrecargaría —dijo Firefolk.

Flame dejó escapar una exhalación. —¿Como un comandante droide de batalla?

—¿O cualquier droide imperial? —preguntó Trever—. Eso es...

—Increíble —murmuró Firefolk—. Pero... posible.

—Y esa es la razón por la que —dijo Ferus—, el Emperador no quiere un acuerdo comercial entre Samaria y Rosh. Porque juntos sois un peligro real para el Imperio. Si realmente podéis hacer eso, podríais dejar fuera de juego a sus droides de vigilancia. Quizá incluso los sistemas de comunicaciones de los soldados de asalto. Todo de lo que dependen para mantener la galaxia bajo su control.

—Simplemente con nuestros droides personales —dijo Nek—. Simplemente siendo capaces de transferir demasiada información.

—¿Qué os parece eso? —dijo Trever—. Compra una taza de té y aniquila a un ejército. ¡Todo en un día de trabajo de tu droide!

—Y si exportáis vuestro sistema a otros planetas... —dijo Ferus.

—Es la clave para una resistencia extendida por la galaxia —dijo Flame. Sus mejillas estaban encendidas—. Golpe lunar podría financiarlo.

—Espera un momento —dijo Ferus—. Recordad, no somos los primeros en pensar en esto. Por eso quieren controlar Samaria. Para que también puedan continuar con Rosh. Controlando ambos mundos y detener cualquier intercambio de información antes de que comience. No sé si Divinian está involucrado en esto o no, lo dudo. No está lo

suficientemente arriba y ellos no le aprecian... pero ha caído en medio de su plan. Ahora arrestarán a la delegación roshana y los encarcelarán. No pueden dejarles regresar a Rosha. Han tenido reuniones con técnicos aquí. Tarde o temprano también podrían descubrirlo.

Las manos de Firefolk eran cuidadosas mientras colocaba el droide sobre la mesa.
—¿Qué hacemos ahora?

—Llevamos esta idea a la delegación roshana —dijo Ferus—. Y tenemos que sacarlos del planeta. El Imperio está monitoreando todas las partidas, así que sacarlos será difícil. No pueden salir de Sath. Y no pueden usar su propia nave.

—El Bosque de Cristal. Puedo hacerlo —dijo Flame—. Tengo la nave. Les llevaré a casa.

Ferus asintió. —Mientras tanto, la resistencia tiene que influenciar la votación de no confianza. Bog debe ser expuesto. Ahora es el momento. La votación va a llevarse a cabo en menos de una hora. Iré con Flame y Trever y sacaré a los roshanos.

Dinko asintió. —Nek, Firefolk y yo nos dirigiremos hacia el Pabellón de los Ministros.

Dinko, Nek y Firefolk salieron rápidamente de la cantina.

—Sólo tengo un problema más —dijo Ferus.

—¿Cuál? —preguntó Trever.

Ferus pensó en Darth Vader y en su ultimátum. Le gustaría pensar que Vader estaría demasiado ocupado en breves momentos como para preocuparse, pero sabía que además de ser un maestro del mal, Vader era un pluriempleado impresionante.

Miró a Trever. El afecto pasó sobre él, y sonrió ante la fervorosa expresión del chico debajo de esa mata de pelo azul. —Tú.

CAPÍTULO DIECISIETE

Ferus no sabía lo que esperar cuando él, Flame y Trever llegaron a la Torre Residencial. La plataforma de aterrizaje del nivel doscientos estaba libre de soldados de asalto. Aparcó el aerodeslizador y pudo entrar en la torre sin problemas. Obviamente las fuerzas del Imperio no esperaban un intento de rescate. ¿Por qué deberían? Los samarianos ya estaban convencidos de que los roshanos eran sus enemigos.

Ferus entró caminando en el pequeño vestíbulo. Había una pantalla colocada en la pared en el área de recepción central. Marcó el número de la delegación roshana y la pantalla mostró un número de habitación diez pisos por encima.

Ferus llamó al turboascensor y montaron de un salto. Salieron en el piso doscientos diez. Ferus se movió silenciosamente hacia la esquina que le daría una vista ventajosa del pasillo. Rápidamente se agachó y retrocedió. La puerta de la suite roshana estaba siendo patrullada por seis droides Merodeador 1000 y varios droides enanos araña.

Rápidamente les explicó la situación a Flame y a Trever. —No será un problema —dijo él—. Puedo acabar con ellos. Pero enviarán una señal, y mandarán refuerzos.

Flame palmeó su bláster. —Estaremos listos.

Ferus se volvió hacia Trever. —¿Tienes alguna de tus granadas de humo?

—Resulta que tengo un par aquí mismo —dijo Trever metiendo la mano en su cinturón de utilidades.

—Guárdalas por ahora. Necesitaremos una vía de escape. De acuerdo, tan pronto como haya acabado con los droides, seguidme.

Ferus activó su sable láser. Los ojos de Flame se desorbitaron.

—¿Mencioné que una vez se entrenó para ser un Jedi? —preguntó Trever.

Ferus fue a la carga hacia el pasillo. Los droides merodeadores se lanzaron inmediatamente hacia él como una bandada de pájaros furiosos. Dio un salto, convirtiendo al primero en añicos humeantes, entonces se giró y acabó con dos más. Mientras tanto los droides araña le enviaron fuego láser. Lo devolvió hacia uno de ellos, el cual explotó en llamas. Acabó con el otro droide araña y partió casualmente al último merodeador en dos con un golpe hacia atrás mientras caminaba hacia la puerta.

Escuchó la suave voz de Flame al fondo del pasillo. —No, Trever. No lo mencionaste.

Ferus abrió la puerta.

Robbyn Sark y el resto de delegación estaban de pie en mitad de la habitación, bláster en mano. Todos ellos estaban apuntándole. Obviamente habían oído la conmoción en el pasillo.

—No reconocemos su autoridad —dijo Robbyn Sark—. No nos someteremos al arresto.

—No estoy aquí para arrestaros —dijo Ferus, desactivando su sable láser y colgándolo de nuevo en su cinturón—. Estoy aquí para llevaros a casa.

Trever entró corriendo. —Tenemos problemas. Hay soldados de asalto entrando en el edificio y más droides araña. No tardarán mucho.

—Tenemos que llegar a la plataforma de aterrizaje. No podemos coger el turboascensor —dijo Ferus—. Usaremos las escaleras.

—No hay escaleras —dijo Robbyn Sark.

—Tendremos que arriesgarnos con el turboascensor entonces. O... —Ferus caminó hacia las ventanas—. Podríamos lanzar un cable líquido, pero nos divisarán. Pueden matarnos de un solo disparo si tienen la potencia adecuada. Y la tienen.

—Podría haber otra forma —dijo Robbyn Sark—. El ascensor de servicio. Se usa para transportar la ropa de cama y las bandejas del servicio de habitaciones. No cabremos todos en un viaje, pero soportará a unos pocos cada vez.

—Buena idea —Ferus se volvió hacia Trever—. Haz estallar algunas granadas de humo en todos los turboascensores. Rápido.

—Estoy en ello —Trever salió corriendo.

Robbyn Sark les llevó hasta el turboascensor de servicio. Era un elevador pequeño y reducido donde los droides metían la ropa sucia y entregaban las bandejas del servicio de habitaciones. Había espacio suficiente para tres a la vez, si se apretujaban y se agachaban.

—Bajaré con el primer viaje —dijo Ferus—. Por si hay problemas. ¿Puedes quedarte aquí y ayudar al resto de los roshanos? —le preguntó a Flame.

—No los dejaré —prometió ella.

Robbyn Sark y otro miembro de la delegación entraron, agachándose y colocando sus cuerpos dentro del espacio. Ferus fue el siguiente, apretujándose junto a ellos. Apretó el sensor del piso doscientos. Mientras descendían, las primeras alarmas de incendios comenzaron a sonar. —No se preocupen, son simplemente las granadas de humo —les dijo—. Tendrán que evacuar el edificio, o al menos parte de él. Podemos usar eso como tapadera para nuestra huida.

—Tendremos que llegar a nuestra nave —dijo Robbyn Sark—. Sin duda estará fuertemente vigilada.

—Ya les he encontrado un viaje —dijo Ferus—. Y he visto sus habilidades como piloto. Os llevará de vuelta a Rosha.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó Robbyn Sark.

—Tengo una respuesta larga a esa pregunta —dijo Ferus.

El sonido de explosivos llegó repentinamente a sus oídos. —Oíré la versión corta —dijo Robbyn Sark.

Alcanzaron el piso doscientos. Ferus salió primero, escuchando cuidadosamente. Envío el turboascensor de servicio de vuelta para arriba. Escuchó el sonido mudo de actividad, puertas abriéndose y cerrándose, ruido de pasos. La evacuación había comenzado. El humo estaba saliendo al pasillo, pero se cubrieron las caras con sus capuchas y se movieron rápidamente.

Condujo a los roshanos hacia la plataforma de aterrizaje. Tan pronto como estuvieron fuera, tomaron bocanadas de aire. Les llevó rápidamente hasta el deslizador y entonces se dio cuenta de su error: era demasiado pequeño. Afortunadamente, había un transporte más grande aparcado al lado, un modelo de lujo con asientos de sobra.

Mientras esperaban a los demás, Ferus le contó rápidamente a Robbyn Sark lo que él y la resistencia habían pensado. Sark escuchó, sus antenas ondeando suavemente.

—No sé si es posible —dijo él—. Pero si lo es...

Los demás salieron precipitadamente por las puertas. Subieron rápidamente al aerodeslizador de lujo. Habiendo desactivado ya el código de seguridad, Ferus aceleró los motores mientras los primeros soldados de asalto salían para defender la plataforma. Una ráfaga fuego láser les persiguió hasta una vía espacial.

Rápidamente Ferus se zambulló hacia una vía espacial inferior y se sumergió en un túnel Express. —Os llevo al Bosque de Cristal —dijo.

Mientras volaba, Ferus accedió a la unidad de comunicaciones para contactar con Dinko y los otros. La asolada voz de Dinko llegó a través del altavoz de la cabina.

—Se acabó —dijo. Incluso a través de la transmisión llena de ruido, Ferus captó la derrota en su voz. —Después de la votación de no confianza, Bog fue elegido...

—¿Qué hay de su droide personal? —preguntó Ferus—. La prueba de soborno...

—Vader cortó la HoloRed —dijo Dinko—. ¿No lo sabías? Y nos han llegado noticias de que el sistema de comunicaciones también podría cortarse. Y los ministros... intentamos... Bog afirmó que la prueba fue colocada durante los diez minutos que su droide desapareció en el intento de asesinato...

—Eso es ridículo. Estuvo a la vista todo el tiempo. Puedo testificarlo...

—No importa. La primera orden de Bog fue prohibir todos los droides personales, y entregó el suyo como gesto de solidaridad con la ley. Están culpando a los roshanos, diciendo que pueden infiltrarse en nuestros sistemas a través de nuestros PDs...

El sistema de comunicaciones empezó a crujir. —Sácalos —dijo Dinko.

—¿Qué pasa con Larker? —preguntó Ferus, pero el comunicador se quedó en silencio.

—Es extraño —dijo Flame—. Mirad debajo.

Debajo, la gente de Sath se ponía en fila para entregar sus droides personales. Los lugares de recogida habían sido establecidos rápidamente, manejados por soldados de asalto y oficiales imperiales.

—Éste es sólo el primer paso, estoy seguro. Están entregando su libertad para nada —dijo Robbyn Sark—. No podemos causarles ningún daño.

La tristeza llenó el vehículo mientras volaban a través de Sath.

Ferus dejó atrás las afueras y se pegó al suelo, volando bajo y esperando evitar la detección. El Bosque de Cristal se alzaba ante ellos. Al sol poniente, destellaba en color rojo sangre. Flame tecleó las coordenadas de su nave.

Ferus voló a través de los cañones de cristal, deslizándose a través de estrechas aberturas y dejando atrás rápidamente formaciones increíbles. Pronto aterrizó junto a la lisa nave roja de Flame.

—Cuento contigo —le dijo Ferus.

—Les dejaré sin un rasguño —dijo Flame—. Y entonces estoy segura de que volveremos a encontrarnos. Hay mucho trabajo por hacer.

El grupo bajó rápidamente del deslizador.

—Gracias —le dijo Robbyn Sark a Ferus.

—Usted tiene la información —dijo Ferus—. Úsela si puede. Cuando regrese a Rosha, le pondré en contacto con la resistencia de aquí. Hay alguien llamado Firefolk que puede trabajar con usted.

Sark asintió. Se dio la vuelta y ayudó a sus compañeros delegados a subir a la nave de Flame. Ella subió ágilmente por la rampa.

Trever se volvió hacia él. —¿No vienes?

—No.

—Pero ya no tienes nada que hacer aquí.

—Tengo que poner a Firefolk en contacto con los roshanos cuando se calmen las cosas. Y no puedo desaparecer simplemente. Vader estará esperando mi informe.

—Pero te dije que le llevases al ladrón. Me está buscando. Si no me llevas a él...

—Está alardeando. No puede hacerme daño. Todavía no. El Emperador todavía me quiere cerca. Trever, tienes que irte.

— ¿Por qué te quedas? —Trever le miró enfadado—. No lo entiendo. ¡Ésta podría ser tu única oportunidad para marcharte, y te quedas!

— ¡Trever! —le llamó Flame—. ¡Tenemos que irnos ya!

—Vete —dijo Ferus—. Prométeme que regresarás a la base.

Trever le sostuvo la mirada. No dijo nada.

Trever se giró y avanzó hacia la rampa.

— ¡Pase lo que pase, te encontraré! —le dijo Ferus.

Trever no se volvió.

Ferus sintió un tirón en su corazón, una sensación de que estaba cometiendo un terrible error. Permaneció allí, observando cómo despegaba la nave.

Ojala la Fuerza le acompañase.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Ferus sintió el cambio en la actividad mientras entraba en cuartel general imperial. Los oficiales pasaban corriendo. Los droides de servicio estaban siendo cargados en trineos gravitacionales. Bog Divinian había sido elegido legalmente, y ahora los imperiales podían asumir el control.

— ¡Ferus!

Aaren Larker apareció, saliendo de un estrecho corredor lateral. Llamó por señas a Ferus, el cual le siguió hasta una pequeña sala de reuniones.

— Esperaba encontrarte.

— Lamento la votación.

— Debería haberlo visto venir —dijo Larker amargamente—. Contaba con la lealtad de aquellos que una vez fueron mis amigos. Y ahora mi amigo roshano morirá por mi ceguera.

— Robbyn Sark está a salvo, espero —informó Ferus—. A estas alturas debería estar fuera del planeta y de camino a Rosha.

— Gracias a las estrellas —dijo Larker—. Ahora, tengo una proposición para ti. Escuché que te ordenaron encontrar al ladrón del droide de Bog. Sin duda Vader quiere que le lles a alguien con conexiones con Rosha.

— No puedo llevarle a nadie —dijo Ferus.

— Sí puedes —dijo Larker—. A mí.

— Usted no robó el droide de Bog —dijo Ferus.

— Así que sabes quién lo robó —Larker sonrió—. No obstante, me atribuiré el mérito por ello.

— No lo entiendo.

— Vader va a poner esta ciudad del revés sólo para demostrar una cuestión. No puedo dejar que eso ocurra. Al menos puedo darle eso a mi ciudad.

— No le dejaré hacerlo —dijo Ferus—. Será arrestado.

— No me arrestarán —dijo Larker—. Puede que ya no sea el primer ministro, pero sigo teniendo suficientes seguidores en Samaria como para que sean cautelosos. Puedo afirmar que intentaba encontrar pruebas de sobornos de Bog. La acusación está ahí fuera, gracias a la resistencia. Habrá algunos que creerán en mí. Vale un intento si debo conservar mi base de apoyo.

Larker puso su mano en el brazo de Ferus. — Soy el único al que Vader creará. Y si tiene una excusa para asaltar la ciudad, tú y yo sabemos que la usará como excusa para localizar a cualquier miembro de la resistencia.

— Vader apenas necesita una excusa.

— Sath no necesita más desasosiego. Te lo prometo, mientras esté de acuerdo con apoyar públicamente la historia de Bog, me dejará ir. Han conseguido exactamente lo que querían.

— No puedo dejarle hacer esto —dijo Ferus.

— Está hecho —dijo Larker, y salió por la puerta.

Dos días más tarde, Ferus estaba sentado en la sala del ordenador BRT, con la cabeza en las manos. Acababa de escuchar las noticias.

Aaren Larker había sido arrestado y acusado de robo y conspiración. Fue llevado a una prisión samariana. En su primer día allí, fue asesinado por un guardia. La razón oficial: Estaba intentando escapar.

Ferus no tenía duda de que Darth Vader había dado la orden de matarle. Larker había subestimado la crueldad de Vader. A Vader no le importaba lo que pareciese. Todo lo que quería era control. Ahora lo tenía.

Dinko había sido arrestado. Ferus había sido incapaz de contactar con Nek o Firefolk.

No había tenido noticias de Rosha. Con la HoloRed cortada, no había forma de enterarse de nada excepto a través de los informes imperiales oficiales, en los cuales no podía confiar.

Todavía no sabía si la delegación roshana había conseguido salir del espacio aéreo samariano, pero asumió que Flame había tenido éxito o se hubiese enterado.

Sintió una oleada de enfermedad pasando sobre a él, y alzó la cabeza justo a tiempo para ver a Darth Vader en su puerta. El odio y la rabia surgieron a través de él.

Asesino, pensó.

—La inauguración comenzará pronto.

Ferus se levantó.

—La HoloRed funciona de nuevo —dijo Vader—. Quizá te interese su primera emisión.

Vader pasó su mano enguantada sobre el sensor, y la pantalla resplandeció cobrando vida.

Al principio, Ferus no pudo entender lo que estaba viendo. Explosiones. Soldados de asalto atravesando rápidamente un edificio oficial. Pero no era Sath lo que estaba viendo.

El reportero samariano hablaba en tono triunfante. —La invasión de Rosha ha comenzado. Sus constantes negativas de permitir el acceso samariano a sus tecnologías han resultado en un golpe por la libertad.

Humo y fuego. Devastación y destrucción.

Y allí, una plataforma de aterrizaje con una lisa nave roja, ahora convertida en una ruina humeante. Destruída.

—Los miembros de la delegación roshana que huyó de la jurisdicción samariana estaban entre las primeras bajas. El intento de asesinato de Bog Divinian ha sido vengado...

Las palabras se desvanecieron contra el rugido en los oídos de Ferus. El cuerpo de Robbyn Sark, encogido en la plataforma. Otros cuerpos. Metal retorcido. Una mano cercenada.

Trever...

—Es hora de irnos —dijo Vader.

Ferus puso un pie enfrente del otro. Mientras lo hacía, algo se hizo pedazos dentro de él. Había fallado. Había calculado mal todo. El batallón había estado en la alerta para invadir Rosha, no Samaria. Había enviado a la delegación y a Trever directamente hacia el centro de la pelea.

Les había fallado a todos.

Trever se acurrucó bajo una manta. Flame se encorvó cerca de un fuego, calentando una comida de proteínas que había gorroneado de alguna parte. No había electricidad en la ciudad capital, y los roshanos se apañaban donde podían. Los fuegos habían surgido en parcelas vacías alrededor de la ciudad y en los parques. Aquellos que habían perdido sus

casas en los bombardeos habían reunido las posesiones que pudieron y se instalaron en campamentos. Hasta ahora el Imperio había mirado hacia otro lado.

Ambos llevaban las capuchas echadas, para ocultar el hecho de que no eran roshanos. Flame se había limpiado la cara del humo, y ahora una lívida quemadura roja marcaba su frente.

Él le debía la vida.

Le había arrastrado fuera del transporte en llamas, le había escondido en un carro de servicio, y de alguna manera les había llevado a ambos fuera de la plataforma de aterrizaje y lejos del fuego láser y del rugido de las explosiones. Le había hecho seguir caminando cuando él no quería caminar. Había encontrado capas para ellos que ocultaban sus ropas quemadas y ennegrecidas.

Alguien cerca del parque tenía una videopantalla. Estaban poniendo las noticias de la HoloRed. Trever se dio la vuelta. Todo esto era demasiado familiar. La invasión. Los soldados de asalto. La explosión de propaganda imperial en todas las videopantallas.

Ya había visto todo esto en Bellassa. No podría soportarlo otra vez. ¿Cómo podría soportarlo?

—Y hoy, Bog Divinian asumió sus deberes oficiales como gobernante de Samaria —retumbó una voz—. A su lado estuvieron los Ministros de Estado, así como otros invitados. El Emperador envió sus felicitaciones.

Trever miró hacia allí. En la videopantalla podía ver a Bog, con una capa púrpura hecha gruesa tela veda. A un lado estaba Darth Vader. Al otro, Ferus.

Trever se quedó helado.

— ¿Todavía confías en él? —Flame estaba de pie, mirando la videopantalla, sus manos agarraban la bandeja de comida.

Trever tragó. —Claro.

Ella se puso en cuclillas a su lado. Sus ojos eran de un verde vívido debajo de la roja quemadura. Le dejaría una cicatriz.

—Bog es el gobernante. Aaren Larker está muerto. Dinko fue arrestado. Y aquí, en Rosh, sabían que veníamos —dijo ella—. Nos estaban esperando, Trever. Fue una emboscada. ¿Cómo lo supieron?

Su mirada se movió de su cara pálida y sus ojos resplandecientes hacia la videopantalla.

Ferus avanzó entre el animado gentío. A corta distancia de Darth Vader.

Fue una emboscada. ¿Cómo lo supieron?

Los ojos de Trever ardían, y no era por el humo.

¿Cómo lo supieron, Ferus?

Traducción: Yavin201

Revisión: Nacho_Kenobi

LSWT - www.starwarstotal.org

- De Fans para Fans, no vender o alquilar. -